1770

Caricaturas

Perez

CARICATURAS.

237013

CARICATURAS,

COMEDIA EN TRES ACTOS, EN VERSO,

ORIGINAL DE

ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

Representada en Madrid en el teatro del Príncipe, la noche del 13 de Abril del año 1860, á beneficio de la primera actriz Doña Josefa Palma de Romea.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9
1860.

Á MI QUERIDO AMIGO PEPE GRANDA.

Cuenta la historia que allá por el año diez y ocho antes de Jesucristo, existió un príncipe, descendiente de los antiguos reyes de *Etruria*, que fué el paño de lágrimas de los poetas de su tiempo.

Este príncipe, á quien la Providencia habia dotado de un brazo de hierro, un corazon de fuego y una inteligencia poco comun, se llamó *Mecenas*.

Bruto y *Casio* sintieron la potente fuerza de su brazo en los campos de *Macedonia*, *Augusto* la bondad de su corazon en Roma, y *Horacio*, *Virgilio* y *Propercio* admiraron la elevacion de su talento y la largueza de sus dones en su régio palacio.

Pues bien, querido Pepe: siendo este sainete que te dedico una *caricatura* en tres actos, y necesitando un *Mecenas* á quien ofrecérselo, hágote mi *Mecenas*, lo que no implica para que tú me hagas á mí tu *Horacio*, con lo cual la caricatura comienza en la presente dedicatoria.

Dedicada la obra, solo me resta hacerte una

observacion. Tú eres pintor, y yo aficionado á las bellas artes, como sabes. Entre los cuadros que adornan las paredes de mi gabinete creo, salvo tu parecer, que falta uno; por ejemplo, podia representar ó bien á Horacio buscando con una antorcha en la mano el cadáver de *Bruto* la noche que siguió á la batalla de *Felipos*, ó bien al mismo poeta leyendo en el jardin de su casa de campo de *Tibur* á cuatro aldeanos, una de sus célebres sátiras; sátira que les desternilla de risa, y risa que ellos quisieran reprimir por respetos á su amo.

Con que, querido Pepe, ahí tienes una escena trágica y una cómica: elige, prepara los *chismes* y al avio, pues ya que yo busco los *Mecenas* para mis obras entre los amigos, y tú eres uno de los que tengo en mas estima, bueno será que no eches en olvido aguella copla tan popular, y que comienza, si mal no recuerdo: *Amor con amor se paga.*

Despues de lo dicho, concluye firmando tu amigo de corazon

Enrique.

Madrid 18 de Abril de 1860.

Á LOS DIRECTORES DE ESCENA.

El autor deja á cargo de los señores directores de escena la colocacion de las figuras, confiado en que su buen celo dará toda la animacion necesaria para el buen resultado del primer acto; asi es que solo se limita á poner aquellas notas que cree mas indispensables. Deja tambien á cargo de dichos señores el doblar los papeles, caso que el corto personal de sus compañias les obligue á ello.

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente alguno en que su representacion sea autorizada.

Madrid 11 de Marzo de 1860.

El Censor de Teatros,
Antonio Ferrer del Rio.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España sus posesiones, ni en los paises con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales.

Los comisionados de la Galeria dramática y lírica titulada El Teatro, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

DISTRIBUCION DE LA COMEDIA.

PERSONAS.	ACTORES.
DOÑA LUISA.....	Doña Salvadora Cairon.
DOÑA VIOLANTE....	Doña Balbina Valverde.
DOÑA MÓNICA.....	Doña Concep. Sampelayo.
CAROLINA	Doña Adelaida Zapatero.
UNA JOVEN.....	Doña Adelaida Guijarro.
UNA SEÑORA.....	Doña Joaquina Ayta.
EMILIO	D. Manuel Catalina.
D. ANSELMO.....	D. Juan Catalina.
D. MAMERTO.....	D. Mariano Fernandez.
ANTONIO	D. Gerónimo Sunyé.
DIEGO	D. Eduardo Iroba.
PACO.....	D. Manuel Villena.
PEDRO	D. Eduardo Molina.
PARROQUIANO 1.°...	D. José Aznar.
IDEM 2.°.....	D. Tomás Infante.
IDEM 3.°.....	D. Julian Rodriguez.
IDEM 4.°.....	D. José Calvo (hijo).
UN MOZO.....	D. Ramon Guzman.
UN EMBOZADO.....	D. Rafael Calvo (hijo).
UN VENDEDOR DE QUINCALLA.....	D. N. N.
UN CHICO.....	D. N. N.

Acompañamiento de ambos sexos.

La accion se supone en Madrid, época actual: el acto primero en un café: el segundo y tercero en casa de Doña Mónica.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa el interior de un café, con toda la animacion que es propia en estos establecimientos á las ocho de la noche. Puerta al fondo. Á la derecha el piano; á la izquierda el mostrador y la botilleria.

ESCENA PRIMERA.

PACO y PEDRO, sentados junto á una mesa. PARROQUIANOS 1.º y 2.º en otra. PARROQUIANOS 3.º y 4.º en otra. Al levantarse el telon el pianista está tocando una marcha estrepitosa: algunos amigos, que se hallan junto á él, le aplauden cuando termina.

Mucho bullicio.

UN CHICO ¡La *Correspondencia autógrafa!*
PAR. 1.º ¡Eh, muchacho!
CHICO. Voy allá.
PAR. 3.º Gracias á Dios que ha callado
ese piano infernal.
Cuando toca, ya se sabe,
aqui no se puede hablar.
(El pianista deja su asiento y vá á colocarse en la mesa donde estan sus amigos: un mozo le sirve café.)
Uno concurre á estas casas
con el objeto no mas
de pasar con sus amigos
un rato, y es natural

que uno, quiera con los suyos
de sus asuntos charlar.
Pero ese artefacto infame,
con su estruendo criminal,
apaga la voz, y el prójimo
insensiblemente vá
subiendo el tono, hasta el punto
que uno, acaba por gritar.
Llega uno á casa y no sabe
por qué, pero se halla mal;
y créame usted, don Rufo,
es el piano, no hay mas.

(En este momento entra por la puerta del foro una Niña y su Mamá; detrás de ellas un capitan de infantería: la Niña vuelve la cabeza, como para cerciorarse si la sigue. Se sienta, y el capitan hace lo mismo en otra mesa. Desde este momento el capitan hace señas y mira á la Niña: llama á un mozo y le indica que no cobre lo que tomen aquellas señoras.)

NIÑA. ¿Aun nos sigue?
MAMÁ. Si; sentémonos.
NIÑA. (¡Jesus, qué tenacidad!
¡Y me mira y se sonrie!)
MAMÁ. ¡Mozo!
NIÑA. (Y me hace señas... ¡ah!)

(La Mamá habla con el mozo: este se marcha y las sirve unos sorbetes. La Niña y el militar continúan con sus telégrafos amorosos.)

PAR. 1.º ¡Hombre, si tengo en la uña
la táctica militar!
PAR. 2.º ¿Me querrá usté á mí decir
lo que pasó por allá?
PAR. 1.º Mire usted, sobre esta mesa
le voy á usted á explicar...
Figúrese usted que el vaso
es el campo musulman,
y esta taza, por ejemplo,
nuestro cuartel general,
esta bandeja el pantano
y este plato Tetuan.
Pues, santo varon, ¿quién duda
que si se quiere atacar

á este vaso, lo mas lógico,
es decir, lo natural,
es que la taza se venga
directamente hácia acá,
porque dando este rodeo...
(El actor hace con el servicio las evoluciones que marca el diálogo, quitándole alguna vez la taza de la mano al amigo que está bebiendo.)

PAR. 2.° Hombre, ¿quiere usted callar?
(Hablan bajo.)

UN VEND. Peines, cepillos, cosméticos,
pomadas... (Á la señora.)

MAMÁ. Déjame en paz.

VEND. Gemelos de caballero,
lacre, tijeras...

NIÑA. Mamá,
que aquel pollo me hace señas!

MAMÁ. Déjale...

NIÑA. ¿Y si el militar?...

PAR. 3.° Lo dicho, señor don Rufo.
Tetuan es la gran ciudad
que los hombres vividores
hoy debemos explotar.
Yo tengo ahí un cosmorama,
que le compré á un aleman,
de lance, y si le añadimos
siete ú ocho vistas mas...
yo no quisiera engañarme,
ganamos un capital.

PAR. 4.° ¡Pero, hombre, si yo le tengo
un miedo horroroso al mar!

PAR. 3.° En ese caso podemos
hacer otra cosa.

PAR. 4.° ¿Cual?

PAR. 3.° Para llevar á buen término,
segun calculo mi plan,
con unos ocho mil reales
poco menos poco mas
habrá bastante. Pues bien;
me entrega usted la mitad
y voy solo, y cuando vuelva
partimos el capital.

PAR. 4.° Lo pensaré.
PAR. 3.° Es un negocio...
PAR. 4.° Cierto... (No me atraparás.)
PACO. (Á Pedro.)
Mucho tarda Emilio.
PED. Mozo,
un cigarro.
MOZO. Voy allá.
NIÑA. ¡Mamá, que me está mirando
otra vez el militar!
MAMÁ. Hazte la desentendida.
NIÑA. Y es muy guapo, ¿no es verdad?
MAMÁ. Tú que tienes mejor vista,
¿es teniente ó capitan?
NIÑA. Lleva tres galones.
MAMÁ. ¿Tres?
Pues ya se puede casar,
porque á su mujer, si él muere,
ya le deja viudedad.

ESCENA II.

DICHOS, ANTONIO, por el foro.

ANT. Adios, Paco... hola, Perico.
PACO. Cansados ya de esperar
hemos tomado...
ANT. Lo siento.
PACO. Antonio, en solemnidad
de haber ganado esta tarde
seis pesetas al billar,
te convido...
ANT. ¿Me convidas?
¡Hosanna... café y coñac!
(Al Mozo, y este se lo sirve.)
¿Y Emilio?
PED. No ha parecido;
pero no debe tardar.
ANT. ¿Tiene dinero?
PACO. Yo creo
que no.
ANT. Entonces vendrá.

PACO. ¿Viste anoche la comedia
del Príncipe?
ANT. Si.
PED. ¿Y qué tal?
ANT. Chico, mala, soporífica,
y sobre todo vulgar,
sin vis cómica, sin forma...
es una barbaridad.
PACO. Pues hoy dicen los carteles...
«la muy aplaudida...»
ANT. ¡Ya!
Dieron un aplauso que otro
á la dama y al galan,
se rieron de las gracias
del gracioso... y al final
llamaron á los actores
y al autor... y nada mas.
PACO. ¿Y cuándo se echa la tuya?
ANT. Si la voy á retirar.
PED. ¿De veras?
ANT. Chico, en mi obra
pasa una cosa especial.
Todo son inconvenientes,
y voy de aquí para allá
hace un año. El empresario,
apenas le voy á hablar
de mi asunto, me responde:
«Eso es cosa del galan.»
Voy al galan y me dice:
«La empresa decidirá.»
Luego la dama se empeña
en no tirarse al canal,
y despues quieren que quite
aquella explosion de gas.
Sin el incendio y la muerte
no hay drama.
PACO. (Dando una palmada sobre la mesa.)
Es mucha verdad.
ANT. Vistos los inconvenientes
al cabo habré de rifar
con ellos; pero yo os juro
que de mí se acordarán.

PED. Cuenta conmigo...
PACO. Y conmigo.
ANT. Pues, chicos, si me ayudais
voy á escribir un periódico
titulado «El Alacran,»
que sin remedio les hunde,
les mata...
VEND. (Á Antonio.) Quiere usté un par
de navajas... son inglesas.
ANT. No.
VEND. De primer calidad.
ANT. No.
PAR. 2.º Si mandara yo en África,
nada, pelillos al mar,
anda, anda, anda y anda
á Tánger... de allí á Rabat,
de Rabat á Mequinez,
y allí atrapaba al sultan.
(Mojando con la lengua la punta del dedo y señalando sobre la mesa los puntos que indica.)
NIÑA. ¡No quita de mí sus ojos!
¡Jesus! ¿yo qué hago, Mamá?
MAMÁ. Tú te haces la indiferente.
NIÑA. Entonces se vá á enfadar.

ESCENA III.

DICHOS, D. ANSELMO, foro.

ANS. ¡Mozo!
MOZO. ¡Señor!
ANS. ¿Don Emilio
Garcia de Sandoval
frecuenta el café?
MOZO. ¿Es un jóven
alto, que tiene un lunar
salvo la parte, y que escribe...
yo no sé qué escribirá;
pero que es hombre de pluma
casi me atrevo á apostar.
(D. Anselmo conduce aparte al Mozo, saca un retrato del bolsillo y se lo enseña con misterio.)

ANS. Mire usted bien y responda.
¿Es este?
MOZO. (Mirando.) El mismo... Cabal.
ANS. ¿Ha venido?
MOZO. No ha venido,
pero no puede tardar.
ANS. ¿Y en qué mesa es la que suele?...
MOZO. En aquella.
(Señala la que ocupan Antonio, Paco y Pedro.)
ANS. Bien está.
Tome usted. (Le dá dinero.)
MOZO. Gracias.
ANS. Si viene
no hay que decirle...
MOZO. Jamás.
(D. Anselmo se vá por el foro, á tiempo que entra Carolina: esta al verle se cubre el rostro con el velo de la mantilla.)
CAR. (Como le encuentre... ¡El Marqués!
¡Jesus... ¡qué casualidad!)

ESCENA IV.

DICHOS, CAROLINA.

PACO. Albricias, querido Antonio,
(Señalando á Carolina.)
ya viene á buscarte la...
CAR. Nuestros amores, de fijo
que van á acabar muy mal.
Allí está con sus amigos.
(Dirigiéndose á Antonio.)
Con el permiso de...
ANT. (Levantándose.) ¡Ah!
¡Carolina!...
PACO. ¡Ejem!
PED. ¡Ejem!
CAR. Hijo, que se vá usté á ahogar:
beba usté un sorbito de agua,
que eso alivia y no hace mal.
(Paco y Pedro se rien: Carolina les vuelve la espalda, haciendo una mueca, y habla con Antonio.)

CAR. ¿Por qué no viniste anoche?
ANT. Estuve ocupado.
CAR. ¡Bah!...
las ocupaciones tuyas,
beber, dormir y fumar,
y cuando tienes dinero
ir al teatro Real,
al paraiso... á lo oscuro.
Pero á mí no me la das,
porque yo cazo muy largo
y sé...
ANT. ¿Qué vas á tomar?
CAR. (Sentándose.)
Mozo, sácame una copa
de perfecto amor.—¡Truhan!
escribirme una cartita
fingiendo una enfermedad,
y mientras que yo afligida
solo pensaba en tu mal,
tú... paseabas la calle
de una... mas vale callar.
(El Mozo sirve y Carolina apura de un trago la copa. Cuando acaba hace un gesto de desagrado.)
¡Jesus... qué licor tan malo!
¡Mozo! Á ver, ten la bondad
de sacar unos pasteles.
ANT. ¡Eh! (Sin poderse contener.)
CAR. Tres ó cuatro no mas,
para quitarme el mal gusto
de ese licor infernal.
ANT. (Pues señor, aqui se queda
empeñado mi gaban.)
CAR. Mira, Antonio, te aseguro
que si tú fueras capaz
de jugarme una tostada...
En fin, no quiero pensar,
porque se me oprime el pecho
de un modo... Buenos estan:
(Muerde un pástel.)
pruébalos, hombre.
ANT. No; gracias.
(Si los pruebo pide mas.)

(Carolina acaba con los pasteles y mira al reloj.)

CAR. ¡Jesus, las ocho! Me marcho.
ANT. ¿Tan pronto?
CAR. Voy á comprar
unas cintas: la señora
esperándome estará...
pero antes de media hora
vuelvo.
(Antonio se mete la mano en el bolsillo impensadamente.)
¿Qué, vas tú á pagar?
ANT. Yo no... si tú...
CAR. Dá lo mismo:
lo que es á mí me es igual.
¡Abur!
ANT. Adios, Carolina.
(Váse Carolina por el foro y Antonio se queda contemplando la mesa con dolorosa actitud.)
Me partió por la mitad.
Mozo, retira el servicio.
MOZO. Cinco y dos, siete.
ANT. ¡Cabal!
Debo.
MOZO. (¡Debo!... Estos silbantes
no mas toman, nunca dan.)
PACO. Bravo, Antonio, bravo; has hecho
una obra de caridad:
dar de comer al hambriento.
ANT. ¡Lléveos el diablo! (Sentándose.)
PED. y PACO. ¡Já, já!
NIÑA. ¡Jesus, no aparta los ojos!
¿Lo está usted viendo, Mamá?
MAMÁ. Si es honrado y con buen fin,
mira, déjale mirar.

ESCENA V.

DICHOS, DOÑA VIOLANTE, DONA MÓNICA, por el foro.

VIOL. No le veo...
MON. Estoy segura
que vendrá: desde esta mesa

podemos ver fácilmente
todo aquel que sale y entra.
Vamos, no tenga usted miedo,
señora.

VIOL. Me dá vergüenza...
hay tanta luz... tantos hombres ..
y miran de una manera
que hacen asomar al rostro
el rubor de una doncella.
¡Vea usted... si está mi hermano
en el café... si él me viera!...

MON. Usted ya es mayor de edad,
señora...

VIOL. Y aunque lo sea,
en la mujer ciertos pasos
siempre son una imprudencia.

MON. Señora doña Violante,
si usted se halla aqui violenta
vámonos á casa.

VIOL. ¡Oh, no!
¡Partir sin que me convenza
de lo que usted me ha contado...
nunca! Que Dios me proteja..
(Se sienta á una mesa.)

ANT. ¿No es la patrona de Emilio?

PACO. Si.

ANT. Calle, y la otra es la huéspeda
misteriosa... la que ocupa
la sala de preferencia.

PACO. Dicen que es rica.

ANT. Ella gasta:
ya ves, paga diez pesetas
diarias de pupilaje.

PACO. Y aunque es jamona no es fea.

VIOL. Pregúntele usted al mozo
por...

MON. Si, por la buena pieza
de Emilio... ¡Mozo!

MOZO. ¡Señora!

MON. Diga usté, ¿hay aqui chuletas?

VIOL. ¡Jesus, señora!

MOZO. No puedo

servir...

MON. Pues entonces sea
una tortilla, jamon
y unos pasteles de crema.

MOZO. (Á Doña Violante.)
¿Y usted, señora?

VIOL. Un sorbete.

MOZO. ¿Sorbete de qué?

VIOL. De almendra.

MON. Y tráigase usté una copa
de vino de Cariñena.

VIOL. Pero, señora, por Dios,
no estamos en la taberna.

MON. Si me ha dicho don Emilio
que aqui muchas veces cena,
y ademas, doña Violante,
créame usté ó no me crea,
en cuanto pasan dos horas
sin comer ya estoy enferma.
Yo sé que es una desgracia,
pero ¡qué he de hacer! paciencia;
la salud es lo primero:
á veces como por fuerza.

(El Mozo habrá colocado el servicio sobre la mesa. Doña Violante le pregunta.)

VIOL. ¿Ha venido don Emilio?

MOZO. Aun no. (Ya van tres con esta.)

VIOL. ¿Á qué hora suele venir?

MOZO. Á las ocho ú ocho y media...
no puede tardar, es fijo.

VIOL. Gracias. (Son las ocho cerca.
(Saca un reloj de oro y mira la muestra.)
¿En dónde estará?)

MON. (Comiendo con buen apetito.) Si al cabo
yo haré que usted se convenza
por sí misma que ese jóven
tiene muy mala cabeza.

VIOL. Pero es generoso... franco...

MON. Mucho; con la bolsa ajena,
porque lo que es con la suya...
nunca tiene una peseta.

VIOL. Respete usted su desgracia.

MON. ¡Pues no la respeto apenas!
Hace tres meses que come,
bebe y duerme á mis expensas,
sin darme un cuarto.
VIOL. Y usted
eternamente le asedia,
le martiriza, le apura...
MON. Pues mire usted, ni por esas.
Si le pido, se hace el sordo,
lanza un suspiro y se acuesta;
y eso, al fin, del mal el menos,
que otras veces se insolenta
y escribe por todas partes
versos... hasta en la despensa,
y el otro dia esta copla
me dijo al darle la cuenta:
«Ya que tú al desayunarme
me das una desazon,
recibe mi maldicion,
patrona semi-gendarme!
VIOL. ¡Qué ingenio!
MON. ¡Mucho! (Esta vieja...)

ESCENA VI.

DICHOS, D. MAMERTO, un EMBOZADO.

MAM. Vamos, ¿trae usted las cartas
y el retrato?
EMB. Sí.
MAM. Pues vengan.
(El Embozado saca una cartera y se la entrega á Don Mamerto.)
Á ver.— No es desconfianza;
(Despues de mirarla.)
pero... ¿papel ó moneda?
(Despues de guardarse la cartera.)
EMB. Me es igual.
MAM. (Saca unos billetes de banco y los desdobla con mucho cuidado, soplándolos y sacudiéndolos, temeroso de dar dos por uno.)
Pues veinticinco

y venticinco... cincuenta.
(Se guarda el resto y dá dos billetes al embozado.)
¿Cuándo es la marcha?

EMB. Esta noche.

MAM. Me alegraré que usted tenga
buen viaje. Prosperar
y cuidado con América,
porque allí aquel que no tiene
mucha conducta, la entrega.
(Váse el Embozado por el foro.)
(Pues, señor, este mocito
vá á hacer una gran carrera:
si sigue asi antes de mucho
le dan un destino en Ceuta.
Pero, en fin, yo hago un favor
á la otra, en cambio ella
me lo paga bien y... en paz:
coge las cartas, las quema...)

ANT. ¿Usted gusta, don Mamerto?

MAM. Se agradece (No me pescas.)

PACO. (Á Pedro.)
¿Conociste al de la capa?

PED. No le conocí. ¿Quién era?

PACO. Pepe Gil.

PED. Pues qué, ¿ha salido
de la cárcel?

ANT. (Á D. Mamerto.) Con franqueza,
entre amigos...

MAM. Muchas gracias.
Ademas esta jaqueca
me tiene tan trastornado...
que si no...

ANT. Como usted quiera.

MAM. (Si tomo habré de pagar
por los dos, con que abstinencia.)

MON. ¡Mozo!
(Habla con el Mozo, le indica á D. Mamerto como para que le diga que vaya: el Mozo vá á hablar con Don Mamerto trasmitiéndole por señas el recado.)

PACO. (Á Antonio.) ¿Quién es?

ANT. Don Mamerto,
un usurero que presta

al ciento por ciento al mes,
y con garantía...

PACO. Aprieta.

MAM. (Al Mozo.)
¿Estás seguro?

MOZO. Seguro.

MAM. Pues, señor, vamos á verlas.
(Se acerca á la mesa de Violante.)
¡Pero, calle, son ustedes!

VIOL. Las mismas.

MAM. ¡Qué calaveras!

VIOL. Somos dos locas, ¿no es cierto?
Pida usted.

MAM. Si usted se empeña...
¡Mozo!... Mira, chocolate
y tostada con manteca.
(Váse el Mozo.)
(Esta es rica, ya se puede
tomar con toda franqueza.)

MAMÁ. ¿Vámonos, niña?

NIÑA. Bien, vamos.

MAMÁ. ¡Mozo! Á ver, ¿cuánto se adeuda?

MOZO. Está pagado.

MAMÁ. ¿Pagado?

NIÑA. ¡Pagado! (¡Él es! ¡Qué fineza!)
Y diga usted, ¿quién ha sido?...

MOZO. Es un secreto.

MAMÁ. Al que sea
le dá usted en nombre mio
las gracias.
(Se coge del brazo de su hija y se dirige al foro.)

NIÑA. (¡Si me siguiera!...)
(El militar se levanta y desaparece por la puerta del foro siguiendo á la Mamá y á la Niña.)

ESCENA VII.

DICHOS, menos la MAMÁ, la NIÑA y el MILITAR.

MAM. Pero esta calaverada
en una noche como esta...

VIOL. Si usted supiera...

MAM. (¡No cuesta
poco de hacer la tostada!)
VIOL. Á sorprender vengo aqui...
¿Lo digo? (Á Mónica.)
MON. Como usted quiera.
VIOL. Á un jóven, á un calavera,
á un amigo de usted...
MAM. ¡Si!
VIOL. Y no sé por qué me late
el corazon.
MAM. Ya, de gozo.
VIOL. No, de...
MAM. Ya comprendo.—¡Mozo!
Pero, hombre, ¿y el chocolate?
VIOL. (Á Mamerto.)
(Tenemos que hablar.)
MAM. (Á Doña Violante.) (Corriente.)
VIOL. (Sin testigos.)
MAM. (¿Si? Mejor.).
VIOL. (Ya vé usté; asuntos de amor
han de tratarse sin gente.
Yo sé que usted es discreto.)
MAM. (Mucho.)
VIOL. (Por cuyà razon
mañana mi corazon
confiará á usté un secreto.)
MAM. Mucho me honrará en verdad
merecer su confianza.
VIOL. Usted es hoy mi esperanza.
MAM. Gracias.
VIOL. Mi felicidad.
MAM. Gracias.
VIOL. Usted puede ser
mi ángel...
MAM. Gracias.
MON. ¿Y qué tal
van los negocios?
MAM. Tal cual.
MON. Hoy no vino usté á comer...
MAM. Es verdad; fuí con mis socios
á la fonda...
VIOL. (¡Lo que tarda!)

MON. Yo aguarda que te aguarda...
MAM. Hoy fué dia de negocios.
MON. Vamos...
VIOL. (¡Estoy impaciente!)
MAM. Tengo algunos entre manos...
MON. Si, ¿eh?
MAM. Llueven parroquianos:
hoy cayó uno excelente.
MON. Si, los hombres vividores...
MAM. ¿Á que no adivina usté
el negocio?
MON. Vamos, ¿fué
sobre minas?
MAM. No, de amores.
VIOL. ¿De amores? (Con marcado interés.)
MON. Pues eso vale.
VIOL. ¿Con que usted?... (Ya no recelo.)
MAM. Yo tiro á pluma y á pelo;
es decir, á lo que sale.
VIOL. Me gustaria saber
esa aventura amorosa.
MAM. Si no pide usté otra cosa
la voy á satisfacer.
VIOL. ¿De veras?
MAM. Asi pasó.
Estaba yo paseando
por la Puerta del Sol cuando
un jóven se me acercó.
—¿Es usté el señor de Frias?
—Si, señor, le contesté.
—Pues le voy buscando á usté
hace tres ó cuatro dias.
—¿Puedo en algo complacerle?
—Si.—¡Disponga usted de mí!
—¿Usted es agente?—Si.
—Pues bien; vengo á proponerle
un negocio de los buenos
con el que puede ganar,
sabiéndole manejar,
el mil por ciento lo menos.—
Á la verdad... tan extraño
y lucrativo negocio

me hizo mirar á mi socio
abriendo un ojo tamaño.
—Hable usted, dije, que escucho.
—Hay en la córte una dama
jóven, rica y que me ama.
—¿Si?—Si.—Pues me alegro mucho.
—Un mes de la córte ausente
mis asuntos me han tenido,
y al regresar... he sabido
que perjura, inconsecuente,
sin razon y sin motivos,
tan voluble como hermosa,
esa mujer es la esposa
hoy de .. Puntos suspensivos.

VIOL. Amor infausto, indiscreto;
villano y ruin proceder.

MAM. Mucho.

MON. ¿Y se puede saber
el nombre de...

MAM. Es mi secreto.
Porque en cosas que al honor
tocan, soy muy reservado;
puede decirse el pecado,
pero nunca el pecador.
—De tomar venganza trato,
dijo, y lo haré, á fé mia,
pues conservo todavia
sus cartas y su retrato.
Cartas que la comprometen,
pues ofrecen pruebas hartas
de nuestro amor... y esas cartas
en mano de usted prometen.
Mis circunstancias son tales,
que parto hoy mismo á Ultramar:
¿me las quiere usted comprar?
Las doy por dos mil reales.

MON. Miren el tuno...

VIOL. ¡Oh, qué ingrato!
Hombre sin pudor, sin fé.
¿Y usted, qué hizo?

MAM. Yo, fijé
los ojos en el retrato.

La conocí. Las fatales
prendas ávido cogí,
callé, las guardé, y le dí
por todo...

VIOL. ¿Qué?

MAM. Mil reales.

MON. Pero, hombre, ¿á usted quién le mete?...

MAM. Es un negocio que...

VIOL. ¡Ya!
usted ahora escribirá...

MAM. Ya le he escrito...

VIOL. ¿Sí?

MAM. Un billete
de los mas ejecutivos.—
«Señora, hoy mismo compré
»las cartas de amor que usté
»le dió á... puntos suspensivos;
»por cuya razon, señora,
»si usted quiere recobrarlas
»ha de venir á buscarlas
»á tal punto y á tal hora.»

VIOL. ¿Y usted las dará?

MAM. Al contado.

VIOL. ¿Todas?

MAM. Toditas, cabales.
(Si me dá ocho mil reales
mas de lo que me han costado.)

VIOL. Ese rasgo á lo infinito
le enaltece... si, señor.
(Este es un hombre de honor.
El hombre que necesito.)

MON. Vamos, es un disparate
fiar en ellos: ¡qué tunos!

VIOL. ¡Oh! Sin embargo, hay algunos...
¿Verdad?...

MAM. Si.—¿Y el chocolate? (Al Mozo.)

MOZO. Voy, señor.

VIOL. Supongo yo
que usted guardará el secreto.

MAM. Yo la honra ajena respeto.

VIOL. ¡Pues es claro!

MAM. ¡No que no!

ESCENA VIII.

DICHOS, EMILIO, DIEGO.

EMIL. Entra sin recelo; aquí
es mi casa.
DIEGO. ¿Mas no ves
mi traje...
VIOL. (Viendo á Emilio.) (¡Dios mio! ¡Él es!...)
MON. Ya lo tiene usted ahí.
EMIL. Nada, nada, *sans façon*.
Si cual creo, no eres tonto,
en Madrid te harás muy pronto
dueño de la situacion.
Tú has venido aquí á pintar,
la gloria es tu afan constante;
pues nada, chico, adelante
y pelillos á la mar.
Medrid es el *aldorado*
de los muchachos de chispa;
pero aquel que no se avispa
y se queda rezagado,
el hambre, fiero animal,
no le deja ni un segundo,
y cansado de él y el mundo
se zambulle en el canal.
Si asi no quieres morir
ahuyenta ese aire encogido:
á medrar aquí has venido,
imítame y á vivir.
Con bajeza á nadie adules;
sé audaz, franco, independiente,
y te haces hombre.
DIEGO. Corriente.
EMIL. (Viendo á Antonio y Paco, dá al primero un apagullo en el sombrero.)
¡Adios, ilustres gandules!
PACO. Siéntate y pide.
EMIL. Antes quiero
presentaros á mi amigo.
Ven acá.—Diego Postigo,

pobre, pintor y soltero.
Allá en su pueblo soñó
ir á Italia pensionado;
es un grande hombre tronado,
verbi gracia, como yo.

VARIOS. ¡Já, já, já!

EMIL. Desde este dia
vereis en él un hermano.
Ea, estrechadle la mano;
ya es de nuestra cofradia.

(Antonio, Paco y Pedro estrechan la mano de Diego le hacen sitio y se sienta.)

MON. Qué buen humor, ¿eh?

VIOL. ¡Admirable!
¡Cuál deleita y entretiene!

MAM. Lo que es don Emilio, tiene
un talento...

VIOL. ¡Oh, si, envidiable!

EMIL. Está muy puesto en razon
que, pues saben ya quién eres,
á tu vez tambien te enteres
quién estos señores son.
Perico Rizo, poeta,
que emplea su vena toda
en componer una oda
para los niños de teta.
Lírico, sentimental,
aqui en el tédio carcome;
es un idilio que come,
pero que come muy mal.
Mi amigo Francisco Abrantes,
economista discreto,
que ha dado á luz un folleto
dedicado á los cesantes;
y aqui donde tú le ves,
les prueba de modos varios
que cuatro reales diarios
hacen... seis duros al mes.
Antonio Cruz. Poco crédito
tiene su nombre; es apático,
sufrido y autor dramático,
pero es un autor inédito;

y de él nos cuenta la fama
que, convertido en corsario,
no hay actor ni hay empresario
á quien no le largue un drama;
y estas manchas de su ropa
bien claro probando estan
que este es aquel que un galan
se encontró un dia en la sopa.
Desde hoy con valor, con fé,
sin descansar ni un momento,
enalteced su talento,
eruditos de café.

MON. ¡Qué lengua! ¡Es un escorpion!

MAM. ¡Qué chico mas singular!

VIOL. (¡Cuál me complace escuchar
su amena conversacion!)

DIEGO. ¡Qué mordaz! Ni tres mujeres...
no eras en el pueblo asi.

EMIL. Chico, chico, chico, aqui
se cambian los caractéres,
se pierde la buena fé;
se habla mal á troche y moche,
del rico porque vá en coche,
del pobre porque vá á pié.
Al que es modesto y trabaja
por lograr honradamente
una posicion decente,
se le estruja, se le raja,
se le busca con afan,
con la mala fé por norma,
los lunares de la forma
y los defectos del plan.
Y se tiene por proeza,
siempre de muy buen efecto,
sacar á plaza un defecto
y ocultar una belleza.
Y el mismo que sin razon
dió á tu honra un trabucazo
te encuentra, te dá un abrazo
y te pide un napoleon.
Y en fin, querido Postigo,
aqui todo se critica:

hay mozo que sacrifica
á un chiste al mejor amigo.
Y hay quien nada hizo jamás,
ni de sus defectos cuida,
y pasa su triste vida
criticando á los demas.
Con que asi, audacia y valor
si es que deseas crecer,
que aqui el que sabe morder
es el que sale mejor.
Haz que nunca te se olvíde
mi consejo, te lo advierto,
y adios. Veo á don Mamerto
y voy á que me convide.

(Emilio se dirige á la mesa que ocupan Doña Violante y D. Mamerto. Diego, Antonio y los demas hablan en voz baja.)

EMIL. (Dando una palmada á D. Mamerto.)
Muy buenas noches.—Señora... (Á Violante.)
VIOL. (¡Qué simpática figura!)
MAM. Vamos, que bien se murmura.
EMIL. Tal cual.
VIOL. ¿Qué escribe usté ahora?
EMIL. Nada.
MON. Escribe la pereza.
EMIL. Señora...
MAM. ¿Y el drama aquel?...
EMIL. ¡Ah!... La patrona cruel
de la calle de Hortaleza.
VIOL. y MAM. ¡Já, já, já!

(Antonio saca un manuscrito que coloca sobre la mesa y figura leer á sus amigos.)

VIOL. Tome usté asiento.
EMIL. Con el permiso de usté. (Se sienta.)
VIOL. ¿Qué vá usté á tomar?
EMIL. Café.
¡Eh, mozo! ¡Café!
Mozo. Al momento.

(El Mozo sirve el café.)

ANT. Si suprimo la explosion
y la muerte de la dama,
queda sin efecto el drama.

PACO. Es verdad.
PED. Tienes razon.
(Antonio lee en voz baja á los amigos.)
EMIL. (Á Mónica.)
De esa mirada al través
veo que usted se ha enfadado.
MON. Pues está usté equivocado.
(En este momento cruza la escena en direccion á la puerta del foro un caballero con su bufanda rollada por el cuello y las manos en los bolsillos.)
EMIL. ¡Adios, Zurita!
(El caballero saluda y desaparece.)
MAM. ¿Quién es?
VIOL. Tiene un aire distinguido.
EMIL. Es un actor afamado
que por no hallarse ajustado
se encuentra el pobre oprimido.
Nadie su mérito aprecia,
como ayer tarde decia,
y se pasa tado el dia
en el café de Venecia.
Trabajó en Valladolid,
y allí le dieron mas palos...
pero hoy dice que son malos
los cómicos de Madrid.
Les pone como una breva,
y dice en tono mayor
que aqui no hay ningun actor
que con él se ponga á prueba.
VIOL. y MAM. ¡Já, já!
MON. ¡Jesus!... Yo no sé...
Segun el clavo remacha
no hay para usted ser sin tacha.
EMIL. Si, señora.
MON. ¿Quién?
EMIL. ¡Usté!
VIOL. Pues esa galanteria
la debe tener contenta.
MON. (Si le presento la cuenta
comienza á llamarme harpia.)
(En este momento cruza un caballero el escenario. Emilio le saluda.)

EMIL. Abur...
MAM. ¿La murmuracion
no alcanza á ese caballero?
EMIL. Pues no ha de alcanzar... pero...
es un crítico... ¡Chiton!
Pues si murmuro y se enoja
luego me vá á destrozar:
con estos siempre hay que estar
ten, conten, tira y afloja.
VIOL. (Pues que esta vida me aburre
le abriré mi corazon.)
ANT. Emilio, oye una razon.
(Emilio se levanta y dirige á la mesa de Antonio.)
EMIL. (Á Doña Violante.)
Con permiso...
(Á Antonio.) Y bien, ¿qué ocurre?
(Emilio habla en voz baja con sus amigos. Antonio le enseña un manuscrito.)
VIOL. (A Doña Mónica.)
Es usted harto cruel
con ese jóven, señora.
MON. (Pues esta faltaba ahora.)

ESCENA IX.

DICHOS, D. ANSELMO, por el foro.

VIOL. (Viendo á D. Anselmo.)
¡Dios mio!... ¡Qué veo!... ¡Es él!
(Doña Violante se cubre la cara con la nube y el cuerpo de Doña Mónica. D. Anselmo entra y, colocándose de espaldas á la mesa que ocupa Doña Violante, contempla un momento el retrato, comparándole con la fisonomía de Emilio. Luego coge al Mozo y le pregunta por señas: el Mozo le señala á D. Emilio.)
MON. (Á Doña Violante.)
(¿Qué?...)
VIOL. (Mi hermano. Por favor,
póngase usté hácia este lado.)
(D. Mamerto sigue tomando su chocolate ó leyendo un periódico. D. Anselmo llama á Emilio con una seña: este se acerca.)

(¡Oh, cielos... que le ha llamado!)

ANS. (Á Emilio.)
Buenas noches.

EMIL. (Á D. Anselmo.) Servidor...

VIOL. (Vá á haber aqui un cataclismo.)
Si él á descubrirme llega...

MON. Vámonos.

VIOL. ¿Y si le pega?

MON. ¿Y á usted qué?

ANS. (Mirando á Emilio y al retrato.)
Es usté, el mismo...

EMIL. Si, señor, el mismo soy.

ANS. ¡Usté, un jóven y no feo!...
¡Si lo miro y no lo creo!

EMIL. Con permiso de usted, voy...
me esperan allí...
(Indica á sus amigos, D. Anselmo le detiene.)

ANS. Un momento.
¡Permita usted que me asombre!
¡Usted que adquirió un renombre!
¡Usté un jóven de talento!...
(Se quedan los dos contemplándose un momento.)

VIOL. (De la cabeza á los pies
tiemblo como una azogada.)

EMIL. Ó yo no comprendo nada,
ó usté ha estado en Leganés.

ANS. No me falte usté...

EMIL. No falto;
usted es el que me falta.

ANS. Jóven, que si se me exalta...

EMIL. Caballero, si me exalto...

ANS. (Se está burlando de mí...)
¿Garcia de Sandoval,
si yo no recuerdo mal,
es el nombre de usted?

EMIL. Si.

ANS. Pues bien, yo vengo de paz.

EMIL. Pues sea usted bien llegado.

ANS. Pero cuando yo me enfado...

EMIL. ¿Qué?

ANS. De todo soy capaz.

EMIL. Mejor.

ANS. Y un placer tendré,
si pierdo al fin esta calma,
en romperle á usted el alma
ó que me la rompa usté.
EMIL. ¡Caballero!...
ANS. Poco á poco,
y vamos á la cuestion.
VIOL. (¡Cuál me late el corazon!)
EMIL. (Vamos, lo dicho, está loco.)
Y lo que es yo no me fio...
ANS. Hablemos.
EMIL. Bien, de eso trato.
ANS. (Presentándole el retrato sin soltarle de la mano.)
¿Conoce usté este retrato?
EMIL. ¡Calle... si, señor, el mio!
ANS. ¿Con que lo confiesa usté?
EMIL. ¡Pues no lo he de confesar!
Pero es muy particular...
ANS. ¿Sabe usted dónde lo hallé?
VIOL. (¡Oh, cielos! Por culpa mia
se pegan, ya lo estoy viendo.)
EMIL. Vamos, ni lo sé, ni entiendo,
ni...
ANS. Pues ella lo tenia
oculto en su neceser.
EMIL. Ella...
ANS. Mi hermana... Preciso.
EMIL. ¿Y quién le ha dado permiso
para amarme á esa mujer?
ANS. Que yo chanzas no tolero.
EMIL. Y diga usté, ¿esa hermanita
es muy jóven, es bonita?
ANS. ¡Caballero, caballero!
EMIL. ¡Señor mio, señor mio!
ANS. Acabemos. ¿Dónde está?
EMIL. ¿Quién?
ANS. Mi hermana.
EMIL. ¡Já, já, já!
ANS. ¡Y se rie!
EMIL. Si, me rio.
ANS. En fin, jóven, acabemos.
EMIL. Acabemos.

ANS. Si mañana
no ha parecido mi hermana
nos veremos.
EMIL. Nos veremos.
ANS. Si usted su honor no respeta...
VIOL. (¡Ay, yo me siento morir!)
(Emilio se sonrie.)
ANS. ¡Se vuelve usted á reir!
Tome usted esta tarjeta:
si no hubiera tanta gente...
EMIL. Pues ahí tiene usted la mia.
ANS. Yo tengo la sangre fria.
EMIL. Pues yo la tengo caliente.
ANT. Pero ¿qué ocurre?
DIEGO. ¿Qué pasa?
ANS. Nos veremos.
EMIL. Nos veremos.
ANS. Mañana terminaremos
la cuestion: iré á su casa.
EMIL. Como usted guste, le espero.
ANS. Pronto sabrá usted quién soy.
EMIL. Tendré un placer...
ANS. ¡Oh, me voy!
¡Caballero! (Saludando.)
EMIL. (Saludando.) ¡Caballero!
(D. Anselmo desaparece por la puerta del foro. Doña Violante lanza un grito y cae desmayada encima de D. Mamerto: algunos de las mesas cercanas corren á socorrerla.)
VIOL. ¡Ah, cielos! (Cae.)
MON. ¡Doña Violante!
(La moja las sienes con agua.)
MAM. Señora... que se desmaya.
MON. Y no hay nadie aqui que vaya
por un coche...
ANT. Yo, al instante.
(Sale y vuelve al momento.)
MAM. Desabrocharle el corsé.
MON. Saquémosla.
UNO. ¿Qué ha pasado?
OTRO. Una que se ha demayado.
OTRO. No es nada.

MON. Ayúdeme usté.
MAM. ¡Cómo pesa!
ANT. (Desde la puerta del foro.)
Ya el simon
esperándoles está.
(Se acerca al pianista y le dice:)
Música. (Sube sobre una silla.)
TODOS. ¡Já, já, já, já!
EMIL. ¡Mozo, una copa de rom!
(D. Mamerto, Doña Mónica y algunos parroquianos sacan á Doña Violante desmayada. El pianista toca la marcha real. Todos rien. Animacion. Emilio dá fuertes golpes en la mesa llamando al Mozo.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala decentemente amueblada. Cuatro puertas laterales á derecha é izquierda. Otra al foro.

ESCENA PRIMERA.

EMILIO y DIEGO, con la cara enjabonada como el que vá á afeitarse: una tohalla suspendida del hombro y una navaja en la mano. D. MAMERTO, con un cepillo en una mano y la otra metida dentro de una bota. DOÑA MÓNICA, con una cafetera en la mano. Al levantarse el telon un momento de pausa.

EMIL. ¿Me dá usté el agua caliente?
MON. No: si no sirve la fria
no hay otra.
EMIL. ¡Patrona impia!
MAM. Señora.
MON. ¡Impia!... ¡Insolente!
EMIL. ¡Doña Mónica Cachena!
Esa frase es un ultraje...
DIEGO. Y gordo.
MON. Me ahoga el coraje.
MAM. (Limpiando las botas.)
Vaya, no vale la pena...
EMIL. Vamos á cuentas.
MON. ¡Pues no
deseo otra cosa á fé!

Dos onzas me debe usté.

EMIL. (Con gravedad cómica.)
No hablo de esas cuentas yo,
sí de la deuda sagrada
que contrae una patrona
con toda aquella persona
que está en su casa hospedada.
Por medio napoleon
diario, usted me ha ofrecido
darme un almuerzo, un cocido,
cama, luz, agua y jabon.
Hoy en el trato escudado,
le pido á usté agua caliente;
que usté me la dá... corriente;
que no me la dá... ha faltado.

MON. Si usted no me dá un real,
¿quién es el que falta á quién?

EMIL. Señora, cumpla usted bien,
aunque el mundo cumpla mal.

MON. En fin, ¿quiere usted que estalle?
Pues bien, estallo, y al canto:
ó me paga usté, ó le planto
de patitas en la calle.

EMIL. ¿Leyó usted la Biblia? Allí
dice en estilo conciso
que Eva perdió el paraiso:
usted vá á perderme á mí.

DIEGO. Y á mí.

MON. Y aun hay quien le apoya.

EMIL. Sepa usted, patrona necia,
que aquella Elena que á Grecia
despobló y destruyó á Troya,
que aquella mujer que fué
de *Troade* espanto y pena,
fué mas humana, mas buena
y mas hermosa que usté.

MON. ¡Grosero!

(D. Mamerto se interpone entre Doña Mónica y Emilio.)

EMIL. Y en conclusion,
la Caba perdió á la España,
y usted, señora, es la araña
que teje mi perdicion.

(Emilio lanza una mirada á Mónica, se emboza en la tohalla y entra en su cuarto.)

MON. Escuche usted...

MAM. ¡Já, já, já!

DIEGO. (Colocándose delante de Mónica.)
Déjele usté y no le insulte,
pues de lo que aqui resulte
usted la culpa tendrá.
(Se emboza en la tohallá y entra en el cuarto de Emilio.)

ESCENA II.

MAMERTO, MÓNICA.

MAM. ¡Já, já!... ¡Cabeza mas loca!
Tiene una gracia... Él no escucha.

MON. Pues mire usted, tendrá mucha,
pero á mí me hace muy poca.
¡Jesus!... y aun hay quien desea
ser patrona de una casa
de estas. ¡Si lo que una pasa,
lo que una suda y trastea!
Un dia tras otro dia
sufre usté el pesado yugo;
cada huésped un verdugo...
¡Qué desórden! ¡qué anarquia!
¡Y escuche usté indiferente
ó sufra usté á cada instante
las pullas de un estudiante
ó los fueros de un teniente!

MAM. Mi almuerzo...

MON. ¿Quiere usted ya?...

MAM. Si.

MON. Pues voy y dispondré...

MAM. ¡Ah! Mónica, escuche usté.

MON. ¿Qué ocurre?

MAM. Á las dos vendrá
á buscarme una persona.

MON. Bien.

MAM. Dirá que hablarme quiere,
y usted la dirá que espere.

Mucha discrecion, patrona.

MON. (Vamos, ya tenemos flete.
¡Jesus, qué hombre!) ¿Será alguna
camarera?

MAM. No, que es una
señora de alto copete.
Mientras recojo unas notas
prepare usted el almuerzo.
(Si yo el negocio no tuerzo...
me voy á poner las botas.)

(D. Mamerto entra en su cuarto. Doña Mónica sale por el foro. Pausa. Doña Violante sale de su cuarto con misterio: recorre la escena y se queda parada en el centro del teatro. Lleva una nube ó chalina arrollada por la cabeza, que la cubre la cara, excepto los ojos.)

ESCENA III.

DOÑA VIOLANTE.

Envuelta con esta nube
le podré hablar, sin temor
de que sorprenda el rubor
que hácia las mejillas sube.
(Mirándose al espejo.)
Y despues este muley
no me está del todo mal.
Vamos, al traje oriental
siempre le he tenido ley.
Allí el hombre audaz no insulta,
mirándonos, el decoro.
¡Oh! bendito el jaique moro
que formas y rostro oculta.
Cual fantástica ilusion
contempla el moro á la mora,
y muchas veces la adora
solo por intuicion.
Pero aqui ¡pais funesto!
apenas sale á la calle
una mujer... pone el talle
y el rostro de manifiesto.

Y el hombre atrevido saca
con su mirada curiosa
si una es fea, si es hermosa,
si está gorda ó si está flaca.
Y luego los galopines
tratan de un modo cruel ..
¡Ay!... que me olvidaba de él
recordando á los muslines.
(Pausa. Acercándose hácia la puerta de Emilia.)
Pobre jóven, la crueldad
que en tí ejerce esa mujer
te puede obligar á hacer
alguna barbaridad.
Poeta, que ves tu vida
cuál se desliza angustiosa
entre el fango de la prosa...
yo te salvaré, descuida...
Si, yo seré tu Mecenas,
yo, que solícita amante
calmaré el afan constante
en que te envuelven tus penas.
Audacia y resolucion:
yo voy á ser tu *Epicurio*,
y don Mamerto el *Mercurio*
de esta acendrada pasion.
(Se acerca á la puerta.)
Allí se alberga... ¡Allí está!
Sola estoy... Á ver si llora
sus penas.
(Doña Violante mira por la cerradura del cuarto de Emilio. D. Mamerto sale del suyo.)

MAM. ¡Ah! ¡la señora!
¿Qué estará mirando?
(La toca con la mano en el hombro. Doña Violante dá un grito.)

VIOL. ¡Ah!

ESCENA IV.

DOÑA VIOLANTE, D. MAMERTO.

VIOL. ¡Don Mamerto!

MAM. ¡Buenos dias!
¿Y cómo vá ese valor?
VIOL. Me siento mas aliviada.
MAM. Me alegro.
VIOL. Tal impresion
recibió mi pobre espíritu
al mirar que entre los dos
iba á haber un cataclismo
y que era la causa yo,
que helándoseme la sangre
como un sorbete de arroz,
ví girar en torno mio
las luces y...
MAM. ¡Cataplon!
se cayó usted desmayada
encima del velador.
VIOL. (Mirando alrededor con misterio.)
¿Estamos solos?
MAM. (Mirando tambien.) Yo creo
que si.
VIOL. Pues esta ocasion
aprovecho. ¿Usté es honrado?
MAM. Honrado... Señora... yo...
creo que si, aunque algunos
no serán de mi opinion.
VIOL. Pues bien, usté, amigo mio,
tal confianza me inspiró,
que voy á abrirle las puertas
de mi tierno corazon.
(Vuelven uno y otro á mirar en torno suyo.)
¿Usted ha amado?
MAM. Hace mucho
tiempo. El año veintidos,
siendo jóven, un estanco
me dieron en Tarancon,
y asi... por matar el tiempo,
comencé á hacer el amor
á la hija del boticario,
que era hermosa como un sol;
y ya iba un sacerdote
á echarnos la bendicion,
cuando al tratar de la hijuela

un dia su padre y yo,
tuvimos unas palabras
muy fuertes entre los dos.
Yo le dije: «gran tacaño,»
y él á mí: «especulador;»
yo le largué un soplamocos
y él me volvió un bofeton.
La niña se echó á llorar
y nuestra boda se aguó.
De entonces acá he tenido,
por via de distraccion,
tres ó cuatro aventurillas,
pero en escala menor.

VIOL. Fué un amor funesto.

MAM. Mucho.
(Á sopapos acabó.)

VIOL. Llegó la hora...

MAM. Me alegro.

VIOL. Mas, don Mamerto, por Dios,
mi porvenir, mi decoro
penden de su discrecion.
¿Guardará usted el secreto?

MAM. Si, señora.

VIOL. Gracias: voy
á cerrar la puerta.
(Violante cierra la puerta del foro. D. Mamerto la mira asombrado.)

MAM. ¡Cómo!

VIOL. Yo amo á un hombre.

MAM. (¿Seré yo?..)

VIOL. Yo no soy lo que parezco...

MAM. (¡Cielos!... ¡si será varon!)

VIOL. Mi noble hermano me cree
muy tranquila en el Ferrol,
en casa de una parienta;
pero de oculto el amor
me tiene en Madrid.

MAM. Me alegro.

VIOL. Siempre tuve inclinacion
á los rasgos novelescos.

MAM. ¿Y él vive aqui?

VIOL. Si, señor:

es un mancebo gallardo.

MAM. ¿Gallardo? (Pues no soy yo.)

VIOL. Yo he sentido las primeras
impresiones de mi amor,
leyendo una novelita
que ese jóven escribió.
Yo anhelaba conocerle,
cuando una noche, ¡gran Dios!
en un teatro casero
pidió el público el autor.
Dicen su nombre, era el suyo...
sale... y en mi corazon
su imágen como su libro
desde entonces se grabó.
Un año pasé encerrada
en dulce meditacion,
hasta que un dia me dije:
«Violante, tú eres mayor
de edad, cumplirás treinta años
el dia de san Eloy.
Tu patrimonio y tu estado
reclaman un protector;
tú eres rica, independiente...
audacia y resolucion.»
(Violante recorre la escena como temerosa de que la escuchen: luego vuelve y dice con misterio los versos que siguen.)
En Inglaterra hay agencias
protectoras del amor.
Cuando una mujer desea
casarse, vá y dice: «Yo
tengo esta edad, esta dote;
á ver, señor director,
si usted me encuentra un marido
de esta y esta condicion.»
Luego se marcha una á cása,
y al cabo de un mes ó dos
recibe usted una epístola
por el correo interior,
que poco mas poco menos
dice así: «Ya se encontró.
Mañana á las doce en punto

estará usté en el balcon.
Cuando vea usted á un hombre
con sombrero de castor
que al llegar frente á su casa
se para, y con el baston
le dá venticuatro palos
á un perro de Nueva-Yorck
que lleva tras de sí arrastras
sujeto con un cordon;
ese es el hombre, señora,
que usté á la agencia encargó.
Es viudo de trés mujeres,
limpio y muy poco hablador,
se emborracha los domingos
por via de distraccion,
y en los dias de trabajo
bebe cerveza de *Stout*.
Conteste usted al momento
si es que le conviene ó no,
para que pueda la agencia
buscar partido mejor,
pagando, como es costumbre,
los gastos de comision.»

(Violante lanza una mirada en torno suyo, que debe imitar Mamerto; luego le coge por una mano y conduciéndole al proscenio le dice con calor.)

Pues bien, señor don Mamerto,
aunque en el suelo español
nací, yo soy mas inglesa
que *Cromwel* y *Guasington*.
¿Quiere usted ser el agente
mensajero de mi amor?

MAM. (No cabe duda, esta jóven
ha perdido la razon.)

VIOL. Yo tengo en Madrid dos casas.

MAM. ¡Dos casas! (Con indecible interés.)

VIOL. Si, señor, dos.

MAM. ¿Y en metálico?

VIOL. En metálico
cerca de medio millon.

MAM. Y usted quiere...

VIOL. Que usted sea

el amigo, el protector,
el *Mercurio* mensajero
de esta secreta pasion.
Si usted me sirve sabré
portarme como quien soy.

MAM. Bien; pero usted no me ha dicho
quién es el hombre en cuestion.

VIOL. ¡Don Emilio!

MAM. ¡Don Emilio!

VIOL. ¡Don Emilio! Si, señor.
Gran sigilo, gran prudencia;
y pues usted escuchó
de una doncella cuitada
la amorosa confesion,
y ella siente en sus mejillas
los vapores del rubor,
le entrego á usted mi retrato...
usted ya sabe quién soy...
¡Don Mamerto! ¡don Mamerto!...
usté es mi esperanza!—¡Adios!

(Doña Violante entrega un retrato á D. Mamerto y desaparece por la puerta que figura ser su gabinete. D. Mamerto se queda contemplando el retrato con asombro.)

ESCENA V.

D. MAMERTO.

Vamos, lo dicho, esta vieja
ha perdido la razon.
Mamerto, raciocinemos.
¿Á tí te conviene ó no
ser el tercero en las cosas
de esa señora mayor,
si ella, cual ha dicho, paga
con rumbo la comision?
¿Qué te importa ser *Mercurio*,
ni *Júpiter*, ni *Molok*,
si, sirviéndola, á tí mismo
puedes hacerte un favor?
Lo mas lógico es que le hables

al personaje en cuestion,
y buscando luego el modo
que puedan verse los dos...
Ella es rica, don Emilio
está mas pobre que Job,
y quién sabe... Pensaremos
la cosa en el comedor.
(Se dirige al foro, se abre la puerta y entra D. Antonio.)

ESCENA VI.

D. MAMERTO, ANTONIO.

ANT. ¡Adios, señor don Mamerto!
¿Y Emilio?
MAM. En su cuarto.
ANT. (Deteniéndose.) Voy...
¡Ah! ¿Sabe usted qué me dijo
ayer noche el director?
Que es fácil que se coloque
mi drama...
MAM. ¡Gracias á Dios!
ANT. Pero tengo que quitarle
el acto de la explosion.
MAM. Si se ha de quitar se quita,
y con permiso, que yo
no he almorzado. (Váse por el foro.)
ANT. Es una lástima,
pero en fin... (Llama á la puerta de Emilio.)
Abre, yo soy.

ESCENA VII.

EMILIO, DIEGO, ANTONIO.

EMIL. ¡Hola!
Chicos, he venido
á daros la fausta nueva
de que mi drama se aprueba.
DIEGO. ¿De veras?
ANT. Ya está admitido.

EMIL. Lo siento.
ANT. ¿Por qué razon?
EMIL. Porque lo van silbar.
ANT. Si ya convengo en quitar
el acto de la explosion.
EMIL. Sin embargo, es detestable;
el público no le pasa.
ANT. ¡Hombre, si me han dicho en casa
que es un drama inmejorable!
EMIL. Nada, chico, yo te digo
lo que creo y nada mas:
pónlo en escena, y verás
si tiene razon tu amigo.
ANT. Todo drama es un albur
en que se arriesga la fama.
EMIL. Si es mas sangriento tu drama
que las hordas de *Timur*.
¡Si no hay cabeza ni pies!
ANT. El público es tolerante
con la obra de un principiante.
EMIL. Ya me lo dirás despues.
ANT. Mudas de opinion muy pronto.
Un drama á lo *Buchardy*,
tú mismo lo has dicho.
EMIL. Si,
pero es un *Buchardy* tonto.
ANT. El público..
EMIL. No hables mas.
El público en los estrenos
aplaude los dramas buenos,
pero los malos jamás.
ANT. Lo que es eso es cuestionable.
EMIL. Tendrá mas ó menos gusto,
pero casi siempre es justo
el fallo del respetable.
(Diego se habrá quedado meditabundo durante los anteriores versos. Emilio le mira, se acerca y le levanta la cabeza.)
Pero chico, ¿qué te agobia?
DIEGO. ¡Esa patrona!... ¡Ese coco!
EMIL. Si te apuras por tan poco,
mira, vuélvete á Segovia.

ANT. ¿Os volvió á embestir la harpia?
DIEGO. Nos negó el agua caliente.
EMIL. Y nos pidió el contingente:
es el pan de cada dia.
DIEGO. Lo que es yo, un rato pasé ..
¿Y qué hacemos?
EMIL. Lo primero
es agenciarse dinero.
DIEGO. ¿Y cómo?
EMIL. ¿Cómo?... no sé.
ANT. Pues llego en mala ocasion.
EMIL. ¿Cómo?...
ANT. Y lo siento á fé mia,
porque chico, yo venia
á pedirte un napoleon.
EMIL. Mucho lo siento por tí,
pero tú ya ves mi apuro.
ANT. ¡Voto al chápiro! Hoy un duro
me hacia feliz.
DIEGO. ¿Si?
ANT. Si.
EMIL. Nada, nada, discurramos
á ver si por fin podemos...
DIEGO. Eso es, pensemos...
ANT. Pensemos.

(Se quedan los tres en una actitud pensativa. Antonio dice despues de una pausa y dándose una palmada en la frente.)

ANT. ¡Ah!
EMIL y DIEGO. ¿Qué?
ANT. ¡Hurra! ¡nos salvamos!
Tú puedes recomendarle
mi comedia á tu editor;
me la compra y...
EMIL. ¡Por favor!
eso seria robarle.
ANT. Le dices que yo me obligo
á que se ejecute este año.
EMIL. Yo á los amigos no engaño,
y mi editor es mi amigo.
ANT. Pues pensemos.
DIEGO. (Con gravedad.) Me avergüenzó

viendo que ni aun trabajar
puedo... ¡Vaya usté á pintar
sin colores y sin lienzo!

EMIL. Con que todos los apuros
que á la desgracia os conducen,
segun veo, se reducen
á unos siete ú ocho duros?
Pues bien, protegeros quiero,
allí en mi mesa hallareis
un *riwolver*, lo vendeis
y os repartis el dinero.

DIEGO. Eso no.

EMIL. Pues eso si,
y no admito mas razones.

ANT. Hagamos tres particiones,
una de ellas para tí.

EMIL. Corriente.

DIEGO. ¿Y esa mujer?

EMI. ¿La patrona? ¡Es cuenta mia!

DIEGO. Sin embargo, desconfia...

EMIL. Lárgate y déjame hacer
solo aqui, pensaré el modo
de salir de este pantáno.

DIEGO. Eres mi amigo, mi hermano.

EMIL. Véte, yo corro con todo.

(Emilio los empuja hasta conducirles á la puerta de su cuarto.)

ESCENA VIII.

EMILIO.

Ya estan algo mas tranquilos;
Es preciso trabajar
y sobre todo buscar
una casa de pupilos.
¡Quién sufre la crueldad
de esa patrona indiscreta
sin riesgo de que cometa
alguna barbaridad!
(Pausa.)
Si yo tuviera acabada

mi comedia *El Indolente;*
pero hay años, francamente,
que uno no está para nada.
Aunque quiero sacudir
la pereza que me abruma,
en cuanto cojo la pluma
me dan ganas de dormir.
Luego esa mujer me acosa,
se apoderá de mí el tédio,
y vivo de medio á medio
en la vida de la prosa.
Yo escribir, ¡horror! ni sé
ni con los versos me avengo
cuando delante no tengo
tabaco, rom y café.
Tres artículos que son
alma y vida del poeta,
qué dan á la mente inquieta
torrentes de inspiracion.
Luego mil ideas hoscas
por mi mente van cruzando,
y es porque estoy vegetando
sin sol, sin luz y sin moscas.

(Doña Violante se asoma á la puerta de su cuarto y arroja un papel envuelto con una piedra; que vá á caer á los pies de Emilio: este lo coge.)

¿Qué es esto? ¡Calla, un papel!
Veamos. Pues el caso es grave. (Lee para sí.)
«Yo haré que tu pena acabe, (Lee en voz alta.)
»infortunado doncel.
»Un ser por tí se interesa
»y pena al verte sufrir.
»Prepárate á recibir
»una agradable sorpresa.»
—Esta es letra de mujer...
No... Si... Vamos, yo no acierto...

(Pausa. Luego se dá una palmada en la frente y dice:)

¡Ah, ya caigo!... Es don Mamerto
que me quiere proteger.
Él antes me ha defendido
y querrá aliviar mi mal...

Si, me haré el sentimental
sin darme por entendido.

(D. Mamerto aparece en la puerta del fondo.)

MAM. (¡Calle! Está solo... mejor:
si arreglo el negocio, en pago...
Vamos á ver qué tal hago
el papel de embajador.)

ESCENA IX.

EMILIO, D. MAMERTO.

EMIL. (Hablando consigo mismo.)
¿Estás contento, destino?
¡Ya por fin has descubierto
el único, el feliz puerto!
Emprendamos el camino.
(Se pasea.)
La piedra filosofal
sé al cabo dónde se esconde.

MAM. ¿Quiere usted decirme dónde?

EMIL. Si, señor, en el canal.
(Se pasea)
¡Adios!

MAM. (Deteniéndole.) Hombre, no hay razon...

EMIL. ¡Oh, déjeme usted!

MAM. ¡Cachaza!

EMIL. (Con tono trágico.)
¡Señor don Mamerto, plaza
á la desesperacion!

MAM. ¿Por qué motivo?... ¿Por qué
se apura usted?... No concibo...

EMIL. ¡Y me pregunta el motivo...
cuando!...

MAM. (Le coge por un brazo y le conduce á un extremo del teatro.)
Emilio, Escúcheme usté.
¿Si una mujer existiera
por usted loca de amor?...

EMIL. ¡Cómo!

MAM. Y esa mujer fuera,
fuera rica...

EMIL. ¡Rica!
MAM. Si, señor.
Si amor, dinero, alegria
le viniera á usté á ofrecer
¿qué diria usted? ¡Á ver!
EMIL. Diria... ¡Diablos!... Diria...
¿Y es jóven?
MAM. Asi... tal cual...
EMIL. Diria... ¿Es bella?
MAM. ¡Hechicera!
EMIL. Diria... que me siguiera.
MAM. ¿Á la iglesia?
EMIL. No, al canal.
MAM. Matarse es poco cristiano;
y despues, que no me explico
esas penas siendo rico.
EMIL. ¿Rico?
MAM. La suerte en la mano
tiene usted. Veinte mil duros
y dos casas.
EMIL. ¡Está loco!
Pero.
MAM. Ceda usted un poco
y acabaron los apuros.
EMIL. Pero, hombre, ¿habla usted formal?
MAM. Si.
EMIL. ¿De mí se ha enamorado?
MAM. Y á mí me ha comisionado,
porque... en fin .. es natural
el rubor... (Me llevo el gato
al agua.)
EMIL. Pero me extraña...
(Vamos, si este hombre me engaña,
no hay remedio, yo le mato.)
MAM. ¿Con que se decide usté?
EMIL. Sin verla primero, no.
Ella me conoce, y yo...
MAM. La verá usted.
EMIL. ¿La veré?
Vamos á ver: ¿cómo? ¿cuándo?
MAM. Ahora mismo.
EMIL. ¿Dónde está?

MAM. Mientras vuelvo por acá
váyala usted contemplando.
(D. Mamerto saca un retrato del bolsillo, que entrega á Emilio sin mirarle. Este lo contempla, dá un grito y lo besa. Doña Violante asoma la cabeza por entre las cortinas de su cuarto.)
VIOL. ¡Me besa! (Se oculta.)
MAM. Dí el primer paso,
lo demas le toca á ella.
(Váse por el foro.)
EMIL. ¡Oh, qué divina! ¡qué bella!
¡Me caso! no hay mas, me caso.

ESCENA X.

EMILIO, DIEGO y ANTONIO, por la derecha, DOÑA VIOLANTE, asomándose de vez en cuando por la puerta de su gabinete.

VIOL. (¡Por fin mi ventura toco!)
EMIL. ¡Hosanna!
DIEGO y ANT. ¡Qué!
EMIL. Compañeros,
guerra á muerte á los solteros.
Me caso.
(Paseándose por la escena y besando de vez en cuando el retrato.)
DIEGO. (Con asombro.) ¡Cómo!
ANT. (Id.) ¿Estás loco?
EMIL. ¡Ya la pobreza ha acabado!
¡Ella es rica! ¡Yo soy rico!
¡Tú eres rico!
DIEGO. ¡Chico, chico!
EMIL. ¡Cuatro casas!
ANT. ¡Rematado!
EMIL. Tendremos en profusion
caballos y carretelas,
y bailes y francachelas,
y rom, sobre todo *ron*.
DIEGO. Vámonos al hospital.
VIOL. (¡Cuál me halagan sus extremos!)
EMIL. Y un palacio compraremos.
DIEGO. Si, sin tener un real.

EMIL. Mira. (Les enseña el retrato.)
DIEGO. Una mujer.
ANT. ¡Demonio!
EMIL. ¿La ves?
DIEGO. ¡Pues no la he de ver!
EMIL. Pues sábelo... esta mujer
me ha pedido en matrimonio.
DIEGO. Pues ya no estamos seguros.
Si...
EMIL. Me ama, la idolatro;
tiene cuatro casas.
DIEGO y ANT. ¡Cuatro!
EMIL. Hay mas: y veinte mil duros.
ANT. ¡Veinte mil!
DIEGO. (Vamos, delira.)
Tú estás loco, te lo advierto.
EMIL. No, no; lo que digo es cierto.
DIEGO. Á ver el retrato.
EMIL. Mira.
(Se lo vuelve á enseñar.)
Yo siento un desasosiego,
y es que el corazon palpita.
DIEGO. Es muy hermosa.
ANT. Es bonita.
EMIL. ¡Ay! Dáme el retrato, Diego.
DIEGO. Esa emocion que te alegra
de tu corazon arranca.
Al mirar esa tez blanca
cruza una sospecha negra.
¿Ves esos ojos?
EMIL. Si tal.
Son bellos, no hay duda alguna.
DIEGO. Pero brilla en ellos una
mirada... asi... maternal.
EMIL. ¿Será madre?
DIEGO. Si, pardiez.
Esa es una propiedad
de la mujer.
ANT. Es verdad.
EMIL. Tendrá un cachorro, y tal vez
querrá que yo...
DIEGO. Es muy posible.

¡Ay, Emilio!... sé prudente.

EMIL. ¡Cómo!

DIEGO. ¿Ves en esta frente
una arruga imperceptible?
Asi cual si fuera un bulto...
¿La ves?...

EMIL. ¡Pues no la hè de ver!

DIEGO. Yo creo que esta mujer
debe tener algo oculto.

EMIL. Un bulto... Lástima fuera...
porque al mirar esos ojos
dulces, esos labios rojos
y esa sonrisa hechicera...
¡ay! empiezo á sentir... vamos...
un no sé qué... una emocion...

DIEGO. ¡Amor! ¡amor! Salchichon
es lo que necesitamos.

EMIL. Pero es que...

DIEGO. Déjame estar.

EMIL. Mi corazon...

ANT. Quita, quita.

DIEGO. Cuando el estómago grita
debe el corazon callar.

EMIL. ¿Y he de perder tal beldad?

DIEGO. Desiste de esas tontunas.
Enamorarse en ayunas
es una barbaridad.

(Se oyen en el gabinete de Doña Violante los preludios de un piano que toca la romanza del tercer acto de Jugar con fuego. Los tres amigos se miran. Doña Violante canta desde dentro del gabinete.)

VIOL. (Cantando.)
Tú de mis lágrimas
único autor,
salva tu víctima,
tirano amor.

EMIL. ¡Esa voz!... ¡Esa cancion...
cuán dulce llega á mi oido!
Dejadme solo, os lo pido
por favor... El corazon
me revela...

DIEGO. Pero chico...

EMIL. ¡Idos, idos!
ANT. ¡Qué impaciente!
EMIL. No seas impertinente.
DIEGO. Pero...
EMIL. Nada: os lo suplico.
(Los empuja hasta hacerlos entrar en su cuarto, cerrando la puerta. Luego corre al gabinete en donde figura oirse el piano.)
¡Bendita sea mi estrella!...
¡Si esto parece inaudito!...
Nada, nada, necesito
comunicarme con ella.
(Vuelve á oirse el preludio de piano. Emilio se acerca á la puerta y canta.)
Mujer que incógnita
cantas asi,
mientras que un mísero
llora por tí.
VIOL. (Desde adentro.) ¡Ay de mí!
EMIL (Desde fuera.) ¡Ay de mí!
(Cesa la música, pausa.)
EMIL. (Desde la escena.)
Cesó la música ya,
y francamente no sé
qué hacer. (Mirando por la cerradura.)
LUISA. (Desde el foro.) Bien, esperaré
en esta sala. (Luisa entra por el foro.)
EMIL. (Volviéndose.) ¡Qué! ¡Ah! (Con asombro.)
(Pausa. Se quedan los dos mirándose. Luisa lleva el velo de la mantilla echado sobre el rostro.)

ESCENA XI.

EMILIO, DOÑA LUISA.

LUISA. ¡Caballero!...
EMIL. Señorita...
(¡Será ella!)
LUISA. (¡Será él!)
(¡Que un hombre villano exponga
de este modo á una mujer!)
EMIL. (El caso es, que si la digo...

y resulta que no es...)

LUISA. (¡Dios mio, yo no me atrevo
á hablarle!)

EMIL. (En fin, probaré.
Lleva un velo tan tupido
que no puedo conocer...)
Tome usté asiento.

LUISA. Mil gracias.

EMIL. Sin cumplidos.

LUISA. Estoy bien. (Pausa.)

EMIL. (¡Ah, qué idea! Si el retrato
ella entre mis manos vé,
se descubrirá. Probemos.)
(Saca el retrato, lo mira y mira á Luisa. Esta se acerca.)

LUISA. (Tiene un retrato... Si, él es.)
Caballero, ese retrato
que está contemplando usted,
perdone usted la pregunta,
¿es de hombre ó de mujer?

EMIL. De mujer. (No hay duda, es ella.)

LUISA. ¡De mujer! (No hay duda, es él.)
¿Tiene usted inconveniente
en que yo?...

EMIL. ¡Qué he de tener!
(Se acerca y le enseña el retrato.)

LUISA. (Es el mio.) Caballero,
confiada en su honradez
no he vacilado un momento
en venir, ya lo vé usted. (Se descubre.)

EMIL. ¡Ah! señora... (Y lo que puede
el amor en la mujer...)

LUISA. Ahora, caballero, vamos
á hablar del negocio.

EMIL. (Con sorpresa.) ¡Qué!

LUISA. Yo acepto las condiciones
que usted me quiera imponer,
pero por Dios le suplico
que acabemos de una vez.

EMIL. (¡Pues no tiene poca prisa
en casarse esta mujer!) (Pausa.)

LUISA. ¿Pero usted no dice nada?

EMIL. La estoy escuchando á usted.
LUISA. Con que ¿me entrega usté aquello?
EMIL. ¡Aquello!... (¿Y aquello qué es?)
LUISA. ¿Pero qué dice usted?
EMIL. Digo...
que me parece muy bien.
LUISA. Estamos perdiendo un tiempo
muy precioso.
EMIL Ya lo sé.
(Pausa. Luisa muestra impaciencia. Emilio la mira.)
(¡Se impacienta!... ¡Pobrecita!)
LUISA. (¡No ví un hombre mas soez!)
Acabemos... caballero,
me extraña su proceder.
Me tiene usted en su casa,
le estoy hablando, y usted
demuestra una indiferencia
que no me parece bien.
EMIL. (Tiene razon.) (¡Ay... señora!
¿Quiere usted que hable? Hablaré.
Dispense usted las torpezas
que yo pueda cometer,
porque el hombre que se encuentra
como un servidor de usted,
cuando se le vá la lengua
no se puede contener.
Señora, usté es mas hermosa
que el arcángel san Miguel.
LUISA. ¡Caballero!
EMIL. En esos ojos
vaga oculto un no sé qué.
LUISA. ¡Caballero!
EMIL. Que me crispa
desde el cabello á los pies.
Tiene usted todos los dones
habidos y por haber.
(Luisa se cubre la cara con el velo.)
¿Por qué se cubre usté el rostro
cuando yo me miro en él?
LUISA. Caballero... no comprendo...
EMIL. ¿No?... Pues yo me explico bien.
LUISA. Acabemos.

EMIL. ¡Acabemos!

(Doña Violante se asoma por la puerta del gabinete, y sale á la escena, cubriéndose la cara cuidadosamente con la nube.)

ESCENA XII.

DOÑA LUISA, EMILIO, DOÑA VIOLANTE.

VIOL. ¡Me decido! ¡Ah! (Viendo á Luisa.)
LUISA. (Volviéndose al grito.) ¡Ah!
EMIL. (Id.) ¿Eh?
(¡Otra!)
VIOL. (Á Emilio.) (¡Prudencia, mancebo!)
LUISA. (Á Emilio.)
¡Ni una palabra!)
EMIL. (Á Luisa.) (Está bien.
VIOL. (Despida usted á esa intrusa.)
LUISA. (Despida usté á esa mujer.)
EMIL. Pero, señora... (Á Luisa.)
VIOL. (Es preciso
que se vaya...)
EMIL. (Advierta usted...)
ANS. (Dentro.)
Pues si está al fin del pasillo
entonces no es menester
que usted se moleste.
VIOL. ¡Cielos!
LUISA. Esa voz...
(Corren las dos al foro y miran.)
VIOL. ¡No hay duda, es él!
(Bajando á la escena.)
¡Mi hermano! Adios.
(Entra en su gabinete.)
LUISA. ¡Mi marido!
(Corre y entra en el cuarto de D Mamerto. Emilio contempla con asombro la escena.)
EMIL. ¡Que ustedes lo pasen bien!
¡Pero, señor, estan locas!
(Aparece D. Anselmo en la puerta del foro, entra en la escena con el sombrero en la mano y la sonrisa en los labios.)

¡Calle! El hombre del café.

ESCENA XIII.

D. EMILIO, D. ANSELMO.

ANS. Muy buenos dias.
EMIL. Muy buenos.
ANS. ¿Cómo sigue usted?
EMIL. ¿Yo? Bien.
¿Y usted?
ANS. ¿Yo? Perfectamente.
EMIL. ¿Si?... Me alegro. Hasta despues.
(Se dirige al cuarto en donde está Luisa. D. Anselmo le detiene.)
ANS. Un momento... Caballero...
¿ha reflexionado usted
las palabras que le dije?
EMIL. Si, señor.
ANS. Me alegro. ¿Y bien?
EMIL. Que estamos lo mismo.
ANS. ¡Cómo!
EMIL. Lo mismo.
ANS. No puede ser.
Amigo mio, acostumbro
á enfadarme rara vez;
pero cuando yo me enfado
es de veras.
EMIL. ¡Y á mí qué!
ANS. Bueno, bueno. Yo he venido
resueltamente á saber
en dónde se halla mi hermana;
y como en su secreter
yo me he encontrado un retrato
y ese retrato es de usted,
y como yo no tolero
que la hermana de un marqués
que ha cumplido los cuarenta,
con su capricho por ley,
vaya siguiendo á un mancebo
por teatros y cafés,
olvidando su decoro

y afectando á su honradez;
como del Ferrol me escriben
que ella al Ferrol nunca fué,
y como yo soy muy terco
como buen aragonés;
me he metido en la cabeza
encontrarla, y la hallaré.
En consecuencia, prevengo
á usted por la última vez,
que estamos á veintinueve,
y si mañana á las tres
mi hermana no ha parecido,
entonces tendré el placer
de romperle á usted el alma
ó que me la rompa usted.

EMIL. ¡Señor mio!

ANS. Nada, nada:
lo dicho, y hasta mas ver.
(Se dirige á coger el sombrero con mucha calma.)

EMIL. (¡Con que su hermana es jamona!
¡Con que es decir que no es
la que me persigue, la...
del retrato!) Escuche usté.
(Este es el único medio
para verme libre de él.)
Voy á probarle que nunca,
nunca he tenido que ver
con su respetable hermana
ni esto.
(Hace ademan con la uña en los dientes.)
¡Lo juro!

ANS. Si, ¿eh?

EMIL. ¿Su hermana de usté ha cumplido
los cuarenta?

ANS. Si.

EMIL. Pues bien.
La que amo, la que idolatro,
la que vá á ser mi mujer,
la que embarga mis sentidos,
aun no cumplió veintiseis.
Para que usted se convenza,
la prueba al canto: esta es.

(Emilio enseña el retrato á D. Anselmo: este se sorprende; pero luego se repone, y con mucha calma dice sin soltar el retrato.)

ANS. (¡Qué veo!... Mi...) ¿Con que es esta
la jóven que adora usted?
EMIL. Si, señor.
ANS. ¿Y esta señora
le es á su cariño fiel?
EMIL. ¡Uf!... Calcule usted, me caso
con ella dentro de un mes.
ANS. ¿Que se casa usté? ¡Imposible!
EMIL. ¿Cómo imposible? ¿Y por qué?
ANS. Nada, por lo mas sencillo.
EMIL. ¿Por qué?
ANS. (Con calma.) Porque es mi mujer.

(Emilio dá un salto asombrado. D. Anselmo se guarda el retrato en el bolsillo.)

EMIL. ¡Su mujer de usted!
ANS. ¡Mi esposa!
EMIL. ¡Dónde hay un clavo, un cordel!
ANS. Aunque la cuestion varia...
lo dicho: tendré el placer
de romperle á usted el alma
ó que me la rompa usted.

(D. Anselmo se vá por el foro. Emilio, que se habrá quedado en mitad del teatro, dice con desesperacion.)

ESCENA XIV.

EMILIO.

¡Don Mamerto, don Mamerto,
no me ha armado mal belen!
Quisiera tenerle aqui
para darle un puntapié.

ESCENA XV.

EMILIO, LUISA.

LUISA. Me ha perdido usted.
EMIL. Señora,

¿quién podia preveer
que usted tenia un marido?

LUISA. ¿Y qué hacemos?

EMIL. No lo sé.

LUISA. Déme usted al menos las cartas.

EMIL. ¡Las cartas! Por san Ginés;
señora, estamos hablando
sin podernos entender.
Ese prestamista infame,
á quien Dios confunda, amen,
tiene la culpa de todo.

LUISA. ¡Dios mio! Usted no es
don Mamerto.

EMIL. No, señora.

LUISA. ¿Y en dónde está?

EMIL. ¡Yo qué sé!
Lo que sé es que tengo ganas
de sacudirle un revés;
lo que sé es que siempre he sido
defensor de la mujer,
y hoy por culpa de ese imbécil
he comprometido á usted;
lo que sé es que en grave riesgo
nos encontramos los tres,
que yo sé, señora,
es que no sé lo que sé.

LUISA. Caballero, es necesario
que usted vea ese hombre...

EMIL. Bien.

LUISA. Que le arranque usted las cartas.

EMIL. Bien, se las arrancaré.

LUISA. Yo corro á mi casa.

EMIL. Bueno.

LUISA. Y en tanto que á mi poder
vuelven las cartas, prudencia;
y si volviera el marqués
no hable usted una palabra.

EMIL. Corriente.

LUISA. Yo volveré.

(Váse por el foro.)

ESCENA XVI.

EMILIO, luego DIEGO, ANTONIO y DOÑA VIOLANTE.

EMIL. ¡Antonio... Diego!... El *riwolver*.
VIOL. ¡Oh! ¿Jóven, qué vá usté á hacer?
EMIL. ¡Oh! Déjeme usted, señora.
VIOL. Jóven, cuidado con él.
EMIL. ¿Y quién es él?
VIOL. Don Anselmo.
Su temperamento inglés,
su sangre fria me asustan,
y le debe usted temer.
Con la misma indiferencia
suele comerse un *biffteek*
que plantarle una estocada
á un prójimo.
EMIL. ¿Si? Pues bien.
(Antonio y Diego, que han salido poco antes, contemplan á Doña Violante y Emilio sin hablar. Antonio lleva en la mano el riwolver.)
Dáme el *riwolver*.
VIOL. ¡Dios mio!
ANT. ¿Qué lo quieres tú vender?
EMIL. No: quiero matar á un prójimo
y luego le venderé.

ESCENA XVII.

DICHOS, DOÑA MÓNICA, D. MAMERTO, aparecen por la puerta del foro.

MON. ¿Pero qué gritos son estos?
MAM. (Dirigiéndose á Mónica.)
Vino, esa señora...
EMIL. ¡Él es!
VIOL. (Colocándose delante de Mamerto.)
¡Oh! No pase usted.
MAM. ¡Qué dice!
(Emilio corre á la puerta y la cierra: luego se acerca á D. Mamerto. Violante se interpone.)
EMIL. ¡Usurero infame!

MAM. ¡Qué!...

DIEGO. (Sujetando á Emilio.)
¡Emilio!

ANT. (Id.) ¡Chico!

VIOL. ¡Socorro!

EMIL. (Apuntándole á Mamerto con el riwolver.)
¡Muere!

MAM. ¡Ay!

MON. ¡Favor al rey!

(Doña Violante que se habia interpuesto entre D. Mamerto y Emilio, lanza un grito y cae desmayada en brazos de D. Mamerto, el cual procura con su cuerpo cubrir el suyo, que está amenazado por el cañon de la pistola con que le apunta Emilio. Antonio y Diego se arrojan encima de Emilio y procuran detenerle. Doña Mónica se cae en un sillon gritando: favor al rey. Cuadro.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto segundo.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA VIOLANTE, D. EMILIO, D. MAMERTO, DOÑA MÓNICA, DIEGO y ANTONIO. Aparecen al levantarse el telon en la misma actitud que quedaron á la conclusion del acto segundo.

ANT. Hombre, no hay motivo...
EMIL. Aparta.
MON. ¿Qué vá usté á hacer?
DIEGO. ¡No seas bárbaro!
MAM. Mi apreciable don Emilio...
usted está acalorado.
Si no por mí, por la víctima
que está exánime en mis brazos.
(Emilio deja de apuntarle con el riwolver y se pone á pasear por la escena.)
EMIL. Le perdono á usted la vida.
MAM. Gracias.—¿No hay ningun cristiano
que me ayude á soportar
este peso? (Á Diego y Antonio.)
(Antonio, Diego y Mónica ayudan á D. Mamerto y colocan en un sillon á Doña Violante.)
VIOL. ¡Ay!
MON. En su cuarto
estará mejor...

ANT. Entrémosla.
MON. ¡Pobre señora!
DIEGO. Si, vamos.
EMIL. (Á D. Mamerto.)
Quédese usted.
MAM. Bien, me quedo...
EMIL. Tenemos que hablar despacio.
VIOL. (Despertando del desmayo, dice despues de mirar con asombro en torno suyo con voz desfallecida.)
¿Quién es la víctima?
MON. Nadie.
VIOL. Respiro...
EMIL. (Á Diego y Antonio.)
Ea, muchachos,
id á vender el riwolver
y repartios los cuartos.
DIEGO. Bien...
EMIL. En cuanto á usted, señora,
necesita de descanso.
VIOL. ¡Ah, si!... El sistena nervioso
lo tengo tan alterado...
EMIL. Por lo mismo...
VIOL. ¿Usted me jura
ser prudente... si mi hermano
vuelve?
EMIL. ¡Ah!... Es usted, señora,
la hermana de... (Me he salvado.)
VIOL. Si, yo soy la *traviata*
que vá con afan buscando...
EMIL. (Si, eso es.) (Á Violante con misterio.)
Ya hablaremos.
VIOL. (Cuando usted guste.)
EMIL. El descanso
necesita usted.—Patrona,
acompañé usté á su cuarto
á esta señora.
MON. (Y él manda
como si...)
VIOL. ¡Cuántos cuidados
le inspiro á usted! ¡Gracias, gracias!
EMIL. No hay de qué.
(Á Diego y Antonio.) Idos.

DIEGO. Bien. Vamos.

(Diego y Antonio se van por el foro; Doña Violante y Mónica por la izquierda: Violante se vuelve al llegar á la puerta, mira á Emilio, lanza un suspiro y desaparece. Emilio se pasea como si meditara una cosa importante. D. Mamerto, parado en mitad de la escena, le sigue con la vista.)

ESCENA II.

EMILIO, D. MAMERTO.

MAM. (Pero ¿por qué habrá querido
pegarme un pistoletazo?)
EMIL. (Arrancándole las cartas
la tranquilizo y la salvo;
y si pide explicaciones
su esposo sobre el retrato,
entonces... Si, es lo mejor,
porque en el último caso
nos rompemos la cabeza
y en paz...) (Sigue paseando.)
MAM. (Pero este muchacho
creo que tiene el cerebro
un poco trasgiversado.)
EMIL. (Se vuelve bruscamente y se para delante de D. Mamerto.)
Por fin nos dejaron solos.
MAM. (Esforzándose por reir.)
Si, señor, solos estamos,
y si usted quiere explicarse...
EMIL. Pues bien; por usted me bato.
MAM. ¡Por mi culpa!
EMIL. Por su culpa.
Si, señor.
MAM. ¡Si! Pues no caigo...
EMIL. Pues yo le haré á usted caer.
MAM. ¿Caer?
EMIL. Si, de un garrotazo
que le rompa tres costillas
ó le parta en dos el cráneo.
MAM. Pero, señor don Emilio...

yo no atino...

EMIL. Aquel retrato
que usted me dió... pide sangre.

MAM. Sangre...

EMIL. Pierda usted cuidado:
la pena del Talion
con usted llevaré á cabo.
Si el marqués me saca un ojo
yo á usted un ojo le saco;
si él me rebana una pierna
una pierna le rebano;
si un brazo me inutiliza
le inutilizo á usté un brazo.
Ojo por ojo...

MAM. ¡Qué!

EMIL. Diente
por diente. Ya he terminado.
(Se pasea.)

MAM. (Siguiéndole.)
Pero, señor don Emilio,
tranquilícese usted... Vamos,
¿en qué he podido ofenderle?

EMIL. ¿En qué?... ¿Usted me dió un retrato
diciéndome que pedia
el original mi mano?

MAM. Si, señor...

EMIL. ¿Que era soltera?

MAM. Si, señor, ese es su estado.

EMIL. ¡Con que soltera!

MAM. Soltera.

EMIL. Vamos, le mato... le mato...

MAM. ¡Cómo!

EMIL. ¡Inmoral prestamista,
protector de picos pardos...

MAM. ¡Qué dice!...

EMIL. Tercero imbécil
de amores de contrabando...
protector de la bigamia,
viejo verde... mal cristiano...
¿con que es decir, que me ofreces
un fruto que está vedado?...
¿Con que con una casada

quieres casarme?

MAM. ¡Canario!...
¡Casada... no puede ser!

EMIL. ¡Cómo que no! Si hace un rato
estuvo aqui su marido...
y yo creyéndole hermano
de otra, que segun las señas
es mujer entrada en años,
y que se escapó de casa
cansada del celibato,
al ver que aquel hermanito
á mí me colgaba el rapto;
y viendo en la miniatura
á una jóven, se la planto
en los ojos .. y me dice
que aquella es su mujer.

(D. Mamerto se registra los bolsillos con precipitacion, saca un retrato, lo mira y cae desfallecido en una silla gritando.)

MAM. ¡Bárbaro!
¡Bruto de mí!...

EMIL. ¡Cómo!

MAM. ¡Estúpido!
Los retratos he trocado,
y por darle el de la vieja
le dí... Pégueme usté un palo...
Yo conozco que es muy justo...
lo merezco... lo reclamo...

EMIL. ¡Con que es decir... que no era!...

MAM. No, señor...

EMIL. Pues bien, sepamos...

(D. Mamerto le presenta el retrato.)

MAM. Es esta.

EMIL. (Cogiendo el retratro.)
¡Doña Violante!

MAM. La misma.

EMIL. ¡Yo dar mi mano
á una mujer que pudiera
ser mi mamá!...

MAM. No, no tanto.

EMIL. ¿Usted, señor Mamerto,
está de vivir cansado?...

MAM. No señor...
EMIL. Vengan las cartas.
MAM. ¡Qué cartas!
EMIL. Las del retrato
de esa jóven, cuyo honor
está en peligro...
MAM. Es el caso...
que yo las compré... lo siento:
los tiempos estan muy malos...
y si no me dan tres mil
reales por ellas... yo... vamos...
no puedo darlas á nadie.
EMIL. Con que no... (¡Pícaro avaro!)
¿Con que no?...
(Emilio cierra la puerta del foro, abre el balcon y se levanta las mangas de la levita.)
MAM. ¿Qué vá usté á hacer?
EMIL. Voy á hacerte dar un salto
desde el balcon á la calle.
MAM. No sea usted temerario...
no cometa usted un crímen...
EMIL. Las cartas...
MAM. Yo estoy sudando...
EMIL. Las cartas....
MAM. ¡Ay! las daré...
EMIL. Todas...
MAM. Si, señor... y en pago
usted me dará un recibo
de tres mil...
EMIL. Acepto el trato.
(Emilio se sienta, escribe y presenta un papel á Don Mamerto.)
¿Está bien?
MAM. (Despues de leer el recibo con detencion.)
¡Pischt!... Una cláusula
le falta que marque el plazo...
y otra que dé garantias...
pero siendo usted honrado...
EMIL. Basta... Mientras yo al marido
convenzo... y el honor salvo
de la señora marquesa,
usté aqui vá á ser mi esclavo.

MAM. Si, señor.
EMIL. Vá á obedecerme
en todo.
MAM. Si, si, me allano.
EMIL. Si usted me sirve y se sale
de este negocio embrollado
con honra, entonces yo juro
pagarle á usted.
MAM. ¡Si! pues manos
á la obra.
EMIL. Lo primero
es decirle sin preámbulos
á esa señora Violante
que me aburre el celibato,
que mi dicha, mi ventura
cifro en alcanzar su mano.
MAM. ¿De veras?
EMIL. Como lo digo.
MAM. ¿Se casa usted?
EMIL. Si, me caso.
MAM. ¿Con ella?
EMIL. ¡Con ella!
MAM. Corro,
corro á darle el trabucazo.
De seguro se desmaya.
(Pues, señor, me llevo el gato.) (Váse.)

ESCENA III.

EMILIO.

Con la ayuda de Mamerto
y con las cartas la salvo...
la salvo, no hay duda alguna...
Poco á poco... ¿y el retrato
que está en poder del marido?...
Malo, malo... malo, malo...
porque él vendrá, de seguro...
Yo como á boca de jarro
le dije que yo adoraba
á su mujer... está claro...
que como no le dé pruebas

lógicas de lo contrario
dudará, nos pegaremos
y será doble el escándalo...
Si yo encontrara un recurso
de zarzuela... de esos raros,
que convenza... porque si...
de esos que al final de un acto,
aplaudiéndolos el público,
dice en voz baja... ¡qué malos!
¡Diosa de la travesura,
ilumina á un literario!

(Diego aparece en la puerta del foro; trae en la mano una caja de colores, pinceles y un lienzo. Emilio se pasea por la escena.)

ESCENA IV.

EMILIO, DIEGO.

DIEGO. Chico, se vendió el riwolver...
doce duros... Le he entregado
cuatro á Antonio, y mas contento
que un chiquillo con un pájaro
se ha ido á buscar á su Cloris
para llevarla al teatro.
EMIL. Bueno, bueno...
DIEGO. Con el resto
mira lo que me he comprado;
colores, lienzo... pinceles...
EMIL. ¡Oh.. qué idea!... nos salvamos...
DIEGO. ¡Nos salvamos!... No comprendo...
EMIL. ¡Ay Diego... dame un abrazo!...
tú eres mi ángel custodio...
DIEGO. ¡Qué!
EMIL. ¡Mi salvador... mi hermano!
DIEGO. Pero...
EMIL. Si. Tú irás á Italia
por mi cuenta pensionado...
DIEGO. ¡De veras!
EMIL. Por protegerte,
por serte útil, me caso
con una vieja mas rica

que el Banco de San Fernando.

DIEGO. ¿Pues no amabas á una jóven?

EMIL. Di, Diego; de aquel retrato
que te enseñé no hace mucho,
¿no conservas ningun rasgo
en tu mente?

DIEGO. Si.

EMIL. Me salvas.

DIEGO. Te salvo ..

EMIL. Diego, reclamo
una prueba de tu genio,
de tu habilidad...

DIEGO. Sepamos...

EMIL. Píntame aquella mnjer
sobre ese lienzo...

DIEGO. ¡Muchacho!...
eso es imposible.

EMIL. ¡Cómo!...

DIEGO. ¡Aunque yo fuera el *Ticiano!*

EMIL. Pues entonces me has perdido.

DIEGO. Pero...

EMIL. Ó me mata ó le mato.

DIEGO. ¿Tanto te interesa?

EMIL. Diego,
tienes mi vida en tus manos.

DIEGO. Si al menos pudiera verla
para apuntar ciertos rasgos
característicos... Puede
que saliera bien del paso.

EMIL. ¿Mucho tiempo?

DIEGO. Media hora
poco mas.

EMIL. Coge los bártulos.
Ella vá á venir.

DIEGO. Entonces,
ténlo todo preparado
en mi gabinete: puedes
mientras llega, ir bosquejando
una figura en el lienzo...
La Caridad, Céres, Safo,
la que quieras... Cuando llegue
te aviso... y tú aprovechando

los momentos, pones fin
al boceto.

DIEGO. Es un trabajo
muy difícil... pero dime
al menos...

(Suena una campanilla en el foro.)

EMIL. Corre... han llamado.

(Emilio empuja á Diego obligándole á entrar en su gabinete: se dirige al foro, á cuyo tiempo aparece Doña Mónica en la puerta del gabinete de Doña Violante.)

ESCENA V.

EMILIO, MÓNICA.

EMIL. ¿Será ella?...

MON. Don Emilio,
que sea por muchos años...
¿Con que, segun don Mamerto,
se casa usted?...

EMIL. Sí me caso,
y espero pagarle á usted
con réditos mis atrasos,
y regalarle un pañuelo
de esos de crespon á pájaros.

MON. Usté es muy amable.

EMIL. Gracias.

MON. (Vamos, es muy campechano.)

EMIL. Creo que llaman.

MON. Si, voy...
Dios le haga á usted buen casado.

(Vá al foro, poco despues vuelve á entrar con Luisa.)

MON. (Desde adentro.)
¡Pase usted!

LUISA. (Entra.) ¡Ah, caballero!

EMIL. ¡Doña Mónica! (La hace una seña.)

MON. (Sin moverse del sitio que ocupa.)
Me marcho.

EMIL. (Á Monica.)
Si usted es prudente y calla
tendrá usted paga y regalo.

MON. Crea usted que yo...
EMIL. (Indica á Doña Mónica la puerta.)
Con que...
MON. Bien, bien; si ocurriera algo...
(Se queda mirando fuera de la puerta del foro.)
EMIL. (Asoma al gabinete en que está Diego.)
Diego, ya está aquí. Señora... (Á Mónica.)
MON. Voy, me voy.
EMIL. ¡Gracias al diablo!
(La empuja y cierra la puerta.)

ESCENA VI.

EMILIO, LUISA, al verle solo se levanta el velo.

EMIL. (Dirige la voz al gabinete.)
(Un esfuerzo extraordinario
del genio y está salvada.)
(Coge una silla, la coloca junto á la puertita del gabinete.)
Llega usted, como pedrada
en ojo de boticario.
Hágame usted el favor
de sentarse aquí un momento.
(Luisa vá á sentarse, vé á Diego y se levanta sobresaltada.)
LUISA. ¿Quién está en ese aposento?
EMIL. Nadie, señora, un pintor.
LUISA. ¡Un pintor!
EMIL. Un pintor, si.
LUISA. ¡Un pintor! ¿Y para qué?
EMIL. Para retratarla á usté.
LUISA. ¿Para retratarme á mí?
EMIL. Un retrato y una boda
será nuestra salvacion,
y pues con mi indiscrecion
yo tuve la culpa toda,
si usted retratarse deja
yo saldré airoso del paso.
LUISA. ¡De veras!
EMIL. Si, pues me caso
por usted con una vieja;

vieja que nos ha venido
de perlas en este instante.
Mire usted. (Le enseña el retrato.)

LUISA. ¡Cómo! ¿Violante?...
la hermana de mi marido!
¿Con que era de usté el retrato
que se halló en casa mi esposo?

EMIL. Señora, el tiempo es precioso,
aprovechemos el rato.

LUISA. Pero mi mente no alcanza
adónde vá usté á parar.

EMIL. Déjese usted retratar
y tenga usted confianza.
Con que el tiempo aprovechemos
y siéntese usted por Dios,
y, mientras pinta, los dos
de nuestra cuestion hablemos.
(Luisa se sienta. Emilio se colaca á su lado.)

LUISA. ¿Con que Violante está aqui?

EMIL. Hace un mes que se hospedó...
Vea usté á su marido.

LUISA. No.
¡Tiene usted las cartas!

EMIL. Si.
(Se las entrega)

LUISA. ¡Oh, no olvidaré jamás!...

EMIL. ¡Bah! ¿Quién piensa en eso ahora?
(Luisa se vuelve hácia Emilio, y sale Diego del cuarto con el pincel y la paleta en las manos.)

DIEGO. ¿Me hace usté el favor, señora,
de volverse un poco mas?
(Le arregla la silla. Saluda.)
Asi, gracias. (Entra.)

LUISA. Yo sabré
agradecer cual merece...

EMIL. Señora, segun parece,
le interesaban á usté.

LUISA. Estas cartas se escribieron
de mi vida en el albor:
eco inocente de amor
de una pobre niña fueron.
Pensando en su amor no mas

las escribió, sin saber
que hay frases que una mujer
no debe escribir jamás:
frases de doble sentido
que el alma supo dictarle,
y que hoy pudieran robarle
el amor de su marido.
Las dictó mi inexperiencia,
y un villano á quien desprecio
puso á estas cartas un precio
y una mancha á su conciencia;
y pues fuí honrada al altar,
será mi deber precioso
el orgullo de mi esposo,
el arcángel de mi hogar;
por cuya razon yo trato
que mi esposo nunca lea...

DIEGO. (Saliendo.)
Vamos, si usted se menea
no respondo del retrato.

EMIL. ¡Hombre, por Dios!
(Diego entra.)
¿Con que usted
no vió al marqués?

LUISA. No, señor;
Si no he tenido valor
para ir á casa... Encargué
á mi doncella que aqui
á referirme viniera
todo lo que sucediera
en mi ausencia.

EMIL. ¿Y vendrá?

LUISA. Si.
Temí hallarme en la presencia
de mi irritado marido.

EMIL. Si, despues de mi imprudencia...
(Diego sale, se coloca delante de Luisa, levanta el pincel á la altura de su frente y mira luego cerrando un ojo, como si fuera á tomar una de las líneas de su cabeza.)
¡Hombre, por las once mil,
que el tiempo estamos perdiendo!

DIEGO. Tú déjame, yo me entiendo.
(¡Qué magnífico perfil!) (Entra.)
LUISA. ¿Piensa usted que de esta empresa
saldremos bien?
EMIL. Yo lo creo,
lo procuro y lo deseo,
que al fin tambien me interesa.
LUISA. Si usted logra, caballero,
que se convenza el marqués...
EMIL. Al menos, señora, esa es
mi intencion: probarle espero
de un modo muy convincente
que de usté en esta ocasion
ha dudado sin razon,
y porque es usté inocente,
y para que su memoria
borre este lance mañana,
me caso hasta con su hermana,
y aqui paz y despues gloria.
LUISA. Ese casamiento es un
disparate.
EMIL. Hay ocasiones
que hay que andar á bofetones
con el sentido comun.
LUISA. Jóven, piénselo usted bien.
EMIL. Por sacarla á usted del paso,
lo dicho, dicho... me caso
con esa Matusalen.
(Llaman al foro.)
LUISA. ¡Llaman! ¡Si será, Dios mio!
EMIL. Entre usté aqui, yo veré...
LUISA. ¿Y el pintor?
EMIL. No tema usted.
LUISA. Ya solo en usted confio.
(Luisa queda medio oculta entre las cortinas del cuarto de Diego. Emilio abre la puerta del foro.)
EMIL. ¿Quién?
MON. (Desde afuera.) Soy yo, gente de paz.
EMIL. (Á Luisa.)
No tema usté, es la patrona.
(Luisa queda sobre el dintel del cuarto. Mónica entra por el foro.)

ESCENA VII.

DICHOS, MÓNICA, mirando á Luisa con curiosidad.

MON. (¡Vamos, esta señorona
no se quita el antifaz!)
Pregunta ahí una muchacha
por usted.
LUISA. (Á Emilio.) (Es Carolina.)
EMIL. (Á Mónica.)
Que entre.
MON. (¡Y parece fina!
digo, al menos por la facha.)
(Mónica sale por el foro y vuelve con Carolina, que se coloca al lado de Luisa. Emilio se queda con Mónica.)
EMIL. (Á Mónica.)
Viene á retrarse aqui.
MON. ¡Ah, vamos!
EMIL. (Apretándose los labios con los dedos.)
Con que usted...
MON. ¡Ya!...
EMIL. Si es prudente. .
(Indica con los dedos que será gratificada.)
MON. Bien está.
(Emilio hace salir á Mónica y cierra la puerta.)

ESCENA VIII.

LUISA, CAROLINA, y EMILIO.

CAR. ¿Puedo hablar sin miedo?
LUISA. Si.
Di qué pasa...
CAR. ¡Ay, señorita!
entró en casa hecho un diablo,
y le encajó un palo á Pablo
y extranguló á la perrita.
Despues estuvo media hora
por la sala paseando,
y luego me dijo: ¡cuándo
ha salido la señora!—

Yo le respondí: hace poco;—
paseos mas indigestos
dijo, y comenzó á hacer gestos
como si estuviera loco.
De repente echó á correr,
en el gabinete entró
de usté, y de un golpe arrancó
la tapa del secreter:
registra, se echa á reir,
lee un papel, alza el brazo,
dá un tremendo puñetazo...

LUISA. ¿Y qué?

CAR. Se pone á escribir.
Luego me llamó, yo entré;
con voz amenazadora
dijo: dále á tu señora
esta cartita, y se fué.

(Carolina entrega una carta á Luisa, esta la lee y lanza un grito.)

LUISA. ¡Cielo, todo se perdió!
Mi marido ha descubierto
la carta que don Mamerto
ayer tarde me escribió.

EMIL. ¡Si! (Pues señor, lo enredamos.)

LUISA. Leer mis cartas, preciso,
querrá, yo...

EMIL. (¡Otro compromiso!)

DIEGO. (Asoma la cabeza.)
¿Pintamos, ó no pintamos?

LUISA. ¿Y qué hacemos?

EMIL. No lo sé.
Leyó la carta fatal.
y querrá, es muy natural,
leer las que escribió usté.

LUISA. ¡Imposible!

EMIL. Ha derrumbado
esa cartita imprudente
el vasto plan que mi mente
habia confeccionado,
pero no, no desaliento.

LUISA. Sálveme usted.

EMIL. De eso trato.

Diego, tú acaba el retrato.
Y usted desde ese aposento,
mientras sigue este adelante
su obra, procura usté oir
lo que le voy á decir
á mi futura Violante.
Valor y serenidad,
que yo á salvarla á usted voy,
que para estos lances, soy
una notabilidad.
Yo saldré bien de esta empresa...
con que asi adentro los tres.

LUISA. ¿Pero y si viene el marqués?

EMIL. Nada tema usted, marquesa.

(Luisa, Carolina y Diego entran en el gabinete de Emilio; este pasea un breve rato.)

ESCENA IX.

EMILIO solo.

¿Podré al fin llegar al puerto
despues de tanta zozobra?

(Se para, se dá una palmada en la frente y se sienta á escribir.)

¡Oh, bravo! manos á la obra,
y escribamos.

(Escribe rápidamente en un papel, luego dobla algunos otros, y los coloca todos dentro de un sobre: se levanta, se acerca á la puerta del cuarto de Violante y llama.)

¡Don Mamerto!
que me sirva bien no dudo,
que al fin y al cabo el dinero
siempre obliga á un usurero...
Si, si, será sordo y mudo.

ESCENA X.

EMILIO, D. MAMERTO.

EMIL. ¿Y doña Violante?

MAM. Está
loca de contento y...
EMIL. ¿Vé usted estas cartas?
(Enseñándole las que ha escrito.)
MAM. Si.
EMIL. Tal vez el marqués vendrá.
MAM. ¿Qué marqués?
EMIL. Hombre, el marido.
MAM. ¿Qué marido?
EMIL. El que hace un rato
se apoderó del retrato
de la...
MAM. ¡Ah, si, lo he cogido!
EMIL. Pues bien, como él encontró
y conserva en su poder
la carta que á su mujer
usted ayer le escribió,
es fácil que á reclamar
venga las otras...
MAM. ¡Si, qué!
EMIL. Entonces le entrega usté
estas...
MAM. Pero...
EMIL. Sin chistar.
Y si yo de estos apuros
salgo, cual creo, triunfante,
me caso con Violante
y le doy á usted mil duros.
MAM. ¡Mil duros! Soy desde ahora
su esclavo, su servidor.
EMIL. Bien. Haga usted el favor
de llamar á esa señora.
MAM. (Con que me dá un beneficio
en vez de... ¡Qué campechano!)
(D. Mamerto abre la puerta del cuarto de Doña Violante y hace señas como si llamara á una persona: Emilio debe estar de espaldas á esta puerta, Doña Violante sale; al ver á Emilio se detiene y habla en voz baja con Mamerto.)
EMIL. Amor, sé que te profano;
mas perdona el sacrificio.
VIOL. Yo temo...

MAM. Señora, si él
pidió la entrevista.
VIOL. Pero...
(D. Mamerto conduce á Doña Violante de la mano hasta donde está Emilio, le toca en el hombro y este se vuelve.)
EMIL. Señorita...
VIOL. Caballero...
EMIL. (¡Llegó el instante cruel!)
MAM. Ustedes, segun yo creo,
tendrán que hablar.
EMIL. Asi es.
VIOL. (Me quiere hablar.)
MAM. Me voy, pues,
á despachar el correo.
(Entra en su cuarto.)

ESCENA XI.

DOÑA VIOLANTE, EMILIO.

VIOL. (¡Dios mio, jamás me he visto
en trance igual! ¡Alma mia,
no te agites y confia!)
EMIL. (Cierro los ojos y embisto.)
¡Ay, señora, aunque el rubor
manche ese fresco semblante
ante la voz de un amante
que lanza un grito de amor,
aqui tiene usté á un sujeto
cansado del celibato,
original de un retrato
que usté adoró en secreto.
VIOL. ¿Con que usted sabe?...
EMIL. Yo sé
que usted mi efigie tenia;
mas no sé, señora mia,
por dónde lo adquirió usté.
Y aunque por saber me afano,
yo mas no puedo saber
que lo halló en el secreter
de usted su señor hermano.

Y pues extático quedo
viendo un amor tan constante,
¡Violante, Violante,
hablemos los dos sin miedo!

VIOL. ¡Oh, jóven! ya al corazon
dudas, temores no afligen:
escuche usted el orígen
de ese retrato en cuestion:
sus obras de usted leia,
y al leerlas me extasiaba,
en fin, yo en usted soñaba.

EMIL. ¡Ah, señora! (¡Ave María!)
¿Con que usted soñó? ¡Es posible!

VIOL. Soñaba un edén de amores.

EMIL. Con fuentes, pájaros, flores...

VIOL. ¡Emilio!

EMIL. ¡Violante! (¡Horrible!)

VIOL. ¿No quisiera usted que así
nuestra vida trascurriera,
soñando siempre?

EMIL. Quisiera...
(estar cien leguas de tí.)
Pero á la cuestion volvamos
del retrato.

VIOL. Ya olvidaba
que usted saber deseaba...

EMIL. Si, si, nos traspapelamos.

VIOL. En la calle de Alcalá,
una tarde yendo al Prado,
á usted me ví retratado
en fotografía.

EMIL. (Recordando.) ¡Ah!

VIOL. Fotografía tan propia,
tan suave, tan expresiva,
que quedé de ella cautiva
y me hice con una copia.

EMIL. ¡Oh rasgo sublime! ¡Oh,
permita usted que me asombre:
si esto no es amar á un hombre
venga Dios y diga no!

VIOL. Tal vez yo fuí una imprudente;
pero á una mujer que adora

perdonará usted.

EMIL. ¡Señora,
hasta la pared de enfrente!
Y me ama usté... ¡Oh contento...
usted pura, amable, bella,
fresca, sencilla y... doncella!

VIOL. (¡Qué elocuencia, qué talento!)

EMIL. Cómo no amarle si sé
que de un amor puro el fuego
le ha arrebatado el sosiego.

VIOL. ¡Cómo me comprende usté!

EMIL. (Voy á dar el golpe gordo.)
Ante un amor tan sublime
ningun hombre que se estime
puede nunca hacerse el sordo.

VIOL. ¡Caballero, por piedad,
con que ese amor!...

EMIL. Es corriente,
puro, sublime, elocuente,
él es mi felicidad.
Desde hoy amante sumiso
en esta inmensa pasion
solo veré otra edicion
del perdido paraiso.

VIOL. (Morir de ventura temo,
porque mi pecho se agita.)
Caballero...

EMIL. Señorita,
yo la adoro á usted. (¡Blasfemo!)

VIOL. Pues yo en cambio á usted ofrezco
mi amor primero.

EMIL. ¡Oh ventura!

VIOL. Perdone usté, esta locura...

EMIL. Por que si yo... (te aborrezco.
Esta es la ocasion mejor
para mi plan; adelante.)
(Emilio se queda pensativo y mirando á Violante con ternura.)
Pero... ¡Oh, Dios mio! Violante...
(Le coge la mano.)
es imposible este amor.

VIOL. ¡Cómo!

EMIL. Empuñe usted la palma
del martirio. Se acabó
la dicha. Su hermano y yo
hoy nos rompemos el alma;
y si le hiere mi mano,
¿cómo ha de querer mañana
casarse su triste hermana
con el que mató á su hermano?
VIOL. ¡Horror! Nuestra situacion,
si se exceptúa los trajes,
es la de dos personajes
de don Pedro Calderon.
EMIL. ¡Cielos, qué idea! Eso es...
nuestra dicha en ello estriba.
VIOL. ¡Qué?
EMIL. Es preciso que usté escriba
á la esposa del marqués.
VIOL. ¡Á mi cuñada!
EMIL. Sí, sí.
Ella será nuestro escudo,
nuestra salvacion.
VIOL. Lo dudo.
EMIL. Escríbale usted que aquí
venga: cuando llegue, usté
se lo cuenta todo.
VIOL. ¡Todo!
EMIL. Porque es el único modo
de salvarnos.
VIOL. Bien, lo haré.
EMIL. Ella... tenga usted presente
decir debe á su marido
qué á esta casa ha concurrido
á ver á usted diariamente;
que ella á usted la visitaba,
porque ella su amor sabia,
y, en fin, que á usted protegia
y el honor de usted guardaba.
VIOL. ¿Y si no quiere acceder?
EMIL. Pues convencerla es preciso.
VIOL. ¡Dios mio, qué compromiso!
(Escribe.
EMIL. Que no hay tiempo que perder.

VIOL. ¿La cito aqui?
EMIL. Si, eso es.
VIOL. Vea usted. (Le enseña la carta.)
EMIL. Perfectamente.
(Ya puede hacerse presente,
si gusta, el señor marqués.)
VIOL. ¡Y quién se lo lleva!
EMIL. ¡Yo!
VIOL. Cesarán tantos rigores.
EMIL. La diosa de los amores
nos protege. (Le besa la mano.)
VIOL. ¡Emilio!... ¡Oh!...
(Violante entra precipitadamente en su cuarto y Emilio en el suyo.)

ESCENA XII.

D. MAMERTO, sacando la cabeza por la puerta de su cuarto, DOÑA MÓNICA por la del foro.

MON. (Pues señor, yo no comprendo
lo que aqui pasando está.)
MAM. (Si se casa con la vieja,
yo no puedo librar mal.)
MON. Dígame usted, ¿don Emilio
está loco?
MAM. ¡Qué ha de estar
si se casa!
MON. ¿Y es de veras?
MAM. ¿Pues no ha oido usted que estan
avenidos?
MON. No escuchaba.
MAM. Imposible.
MON. De verdad.
MAM. Pues se canta...
MON. Vamos, vamos,
me alegro, porque podrá
pagarme la cuentecita.
MAM. Siendo rico es natural,
que nos pague.
MON. Pues yo creo
le debemos ayudar

en todo, que al fin y al cabo
es buen chico.

MAM. Claro está.
Aquí lo que nos conviene
es ver, oir y callar,
porque si la boda se agua
lo vamos á pasar mal.

MON. Por mi parte...

MAM. ¡Chit, que salen!
mucha discrecion.

MON. Ya, ya.

(Mamerto entra en su cuarto. Mónica se oculta en el foro. Luisa, Carolina y Emilio salen por la puerta de la derecha.)

ESCENA XIII.

LUISA, CAROLINA, EMILIO.

EMIL. Y pues está usté enterada,
audacia y serenidad.

LUISA. Pero...

CAR. Vamos, señorita.

EMIL. Usted comprendió mi plan.
Mi amigo Diego, muy pronto,
gracias á su actividad,
terminará la figura,
con que pelillos al mar;
aquel es su gabinete.
(El de Violante.)

LUISA. Me repugna por demas
valerme de una mentira.

EMIL. ¿Pero ha olvidado usted ya,
que esa mentira es ahora
de mucha necesidad?

LUISA. Si, pero...

CAR. Señora, al cabo
no es usted tan criminal.

EMIL. Y despues, si usted recobra
por ese medio la paz
y el amor de su marido,
¿qué mas puede desear?

LUISA. ¿Pero usted piensa casarse
con mi cuñada?
EMIL. Quizás.
Pero aquí lo que interesa
es que usted...
LUISA. Vamos allá.
¿Y usted cree convencer
á mi esposo?
EMIL. Á la verdad
que he puesto todos los medios,
ahora Dios decidirá...
Con que adentro y alma grande.
Si usted la vé vacilar, (Á Carolina.)
ayúdela usted.
CAR. Corriente.
LUISA. Entremos.
EMIL. Serenidad.
(Llaman dentro.)
¡Pronto, que llaman!
LUISA. ¡Dios mio!
MON. (Dentro.)
Voy al momento á avisar. (Sale.)
Un caballero.
EMIL. Que pase.
MON. Voy corriendo.
EMIL. ¡Si será!...

ESCENA XIV.

EMILIO, D. ANSELMO, MÓNICA.

MON. Por aquí.
EMIL. (¡Él es!) Señora...
(Á Mónica, señalando la puerta; se vá.)
ANS. Abajo esperando estan
en un coche los padrinos;
tenga usted pues la bondad
de seguirme y terminemos.
EMIL. Antes tenemos que hablar,
señor marqués un instante,
si usted no lo toma á mal.
ANS. ¡Evasivas!

EMIL. No por cierto:
tiempo tienen por demas
para matarse dos prójimos
si es que se quieren matar;
pero como una imprudencia
yo cometí poco há,
y esta imprudencia le roba
á usted la tranquilidad;
como aquí el honor peligra
de una mujer que jamás
á su decoro ha faltado;
y como aquí el criminal,
si hay alguno, soy yo solo,
cada cosa en su lugar
dejaré antes de batirme
si usted luego por la paz
opta y se convence, bueno,
si no pelillos al mar,
nos romperemos el alma
y haremos punto final.

ANS. Bien, acepto la disculpa
y ruego la brevedad.

(Emilio coge al marqués por un brazo y le conduce á la puerta del cuarto de Violante.)

EMIL. Hágame usted el obsequio,
señor marqués, de mirar
quién está ahí dentro.

(El marqués mira por la cerradura.)

ANS. ¡Mi hermana!

EMIL. ¿Sola?

ANS. Y mi esposa. ¡Esto mas!

EMIL. Prudencia. Mire usté aquí.

(Le acompaña al cuarto de Diego.)

ANS. ¡Mi esposa! Es particular.
¡Mi esposa aquí retratada
con un traje de vestal!
¡Oh, yo saber necesito,
y ella misma me dirá!...

(Se dirige al cuarto de Violante. Emilio le detiene.)

EMIL. Su esposa no sabe nada.

ANS. ¡Nada!

EMIL. Y hará usted muy mal

en reprender á esa jóven,
pues solo con sospechar
de una mujer que es honrada
se ofende su dignidad.

ANS. (Tiene razon.)

EMIL. Pues yo solo
soy el que puede explicar...

ANS. Caballero, caballero,
le ruego la brevedad,
porque lo que aqui sucede
es por cierto original.

EMIL. Al jóven que en ese cuarto
junto al caballete está
le encargaron hace tiempo
que pintara una vestal
Su esposa de usted venia
diariamente á visitar
á Violante; y ese jóven,
que buscaba con afan
un modelo, varias veces
por aqui la vió cruzar;
y como es mozo de chispa,
de gusto y de habilidad,
sin que la noble marquesa
supiera nada, zís, zás,
bosquejó una miniatura
de un parecido especial.
¿Comprende usted?

ANS. Si, comprendo;
pero es muy particular...

EMIL. Pues, hombre, á mí me parece
todo lo mas natural:
usted buscaba á una hermana,
yo la queria ocultar,
y para desorientarle
cometo la atrocidad
de enseñarle á usté un retrato
que era ni menos ni mas
que el retrato de su esposa;
y le puedo á usted jurar
que yo entonces ignoraba
que el marqués del Carrascal

era esposo de la jóven
que venia á visitar
á mi futura Violante.

ANS. ¿Con que confiesa usted ya
que ama á mi hermana?

EMIL. Ahora debo
mis amores confesar,
porque callando pudiera
á dos esposos quizás
desunir, y mi decoro
me impone el deber de hablar.

ANS. Caballero, ¿eso es novela
ó historia?

EMIL. Esto es la verdad.

ANS. Pues entonces esta carta
¿qué quiere decir?
(Enseña la carta que D. Mamerto escribió á la marquesa.)

EMIL. (Leyendo la carta.) ¡Já, já!

ANS. ¡Se rie usted!

EMIL. Don Mamerto,
pensaba usté especular
con mis cartas...
(Como dirigiéndose hácia el cuarto de D. Mamerto.)

ANS. ¡Con sus cartas!

MAM. ¡Pues ha pensado usted mal,
mi apreciable prestamista!

ANS. ¿Me quiere usted explicar?...

EMIL. Yo me hallaba sin un cuarto
la noche de Navidad,
y teniendo un compromiso
que no pòdia evitar,
se me ocurrió que Mamerto,
usurero si los hay,
me sacara del apuro;
y le dejé en calidad
de depósito unas cartas,
diciéndole muy formal
que eran de una mujer rica
y de la alta sociedad.

ANS. ¿Pero por qué escribió ese hombre
á mi mujer?

EMIL. Claro está;
como le enseñé un retrato
del que era ella original,
él se diria: «es negocio
en el que puedo lucrar;
ella es rica, la amenazo
y me afloja un dineral.»
ANS. Pues es algo inconveniente
valerse de un medio tan...
EMIL. ¡Ay, marqués! Usted sin duda
no tuvo apuros jamás,
usté es dichoso, que ignora
aun el arte de empeñar;
pero sepa usted que hay gente,
y mucha, en la capital
que se hallaria baldada
si se empeñara el andar.
ANS. Pero esas cartas pudieran
comprometer...
EMIL. ¡Oh, jamás!
ANS. ¿Por qué?
EMIL. Porque no son cartas.
ANS. ¡Cómo!
EMIL. Lo dicho, allí está
don Mamerto, en aquel cuarto,
se las pide usted y en paz.
(D. Anselmo corre al cuarto de D. Mamerto y llama.)
ANS. ¡Don Mamerto! ¡Don Mamerto!
MAM. (Saliendo.)
¿Qué ocurre?
ANS. Venga usté acá.

ESCENA XV.

DICHOS, D. MAMERTO.

EMIL. (Dios ponga tiento en su boca.)
MAM. ¿Qué me quiere usted mandar?
ANS. ¿Usted ha escrito esta carta?
MAM. Yo...
(Emilio le hace señas para que diga que sí.)

ANS. Diga usted la verdad.
MAM. Si, señor.
ANS. Escriba usted aquí.
(Mamerto á una señal de Emilio se sienta y escribe.)
MAM. (¿Pero qué querrán?...)
¿Y qué escribo?...
ANS. Cualquier cosa.
(Mamerto escribe. Anselmo compara la letra.)
MAM. Mamerto Frias de Agraz
presta dinero á las clases
pasivas con equidad,
ó sobre alhajas ó ropas
en buen uso.
ANS. (Cotejando las dos letrass)
Exacto, igual.
Ahora me dá usted las cartas
que usted compró. (Emilio le hace señas.)
MAM. (¡Qué!) Aquí estan.
(Se las entrega.)
(Explíqueme usted...) (Á Emilio.)
EMIL. (Silencio.)
MAM. (Pero...)
EMIL. (¡Quiere usted callar!)
(D. Anselmo habrá roto el sobre de la primera.)
ANS. (Leyendo.)
«Correspondencia amorosa
de la señorita A...»
Vamos á ver... mas adentro.
(Rompe otro sobre.)
¡Qué es esto! (Leyendo el sobre.)
Un poquito mas.
MAM. (¡Pues señor, yo estoy en babia!)
EMIL. (Yo sudo.)
(Despues de leer para sí y mirando á D. Mamerto.)
ANS. ¡Já, já, já, já!
EMIL. ¡Já, já, já, já!
MAM. (¡De qué se rien!)
ANS. Oiga usted.
MAM. Voy á escuchar.
(Leyendo en voz alta.)
ANS. «Señorita, aunque yo el gusto

de hablarla tuve jamás,
si á usted llegan estas cartas
por una casualidad,
sepa usted que un prestamista,
hombre avaro si los hay,
(Mamerto hace un movimiento. Emilio le aprieta el brazo.)
me las compró, con objeto
sin duda de especular,
creyéndolas pruebas claras
de algun amor criminal.
Ríase usted de aquel prójimo
que se las vaya á entregar,
y perdone usted la broma
á Emilio de Sandoval.»
Pobre hombre...

MAM. Pero señores...

(Anselmo y Emilio se miran: al ver el asombro de D. Mamerto sueltan una carcajada.)
(¡Se rien! Yo voy á hablar.)
(Emilio le vuelve á coger el brazo.)

ANS. ¡Luisa, Violante! (Llamando.)

ESCENA XVI.

DICHOS, LUISA, VIOLANTE.

EMIL. (Á Mamerto.) (¡Silencio!)
LUISA. (Saliendo.)
(¡Mi esposo!)
VIOL. (Cubriéndose la cara con ambas manos.)
¡Mi hermano! ¡ah!
ANS. No os asusteis; lo sé todo.
VIOL. Yo, yo soy la criminal,
la culpable... es inocente
Luisa.
ANS. Bien: no hablemos mas.
Tú eres rica, independiente,
y si te quieres casar
te deseo larga dicha
y larga posteridad;
¿pero usted la quiere? (Á Emilio.)

EMIL. Es claro.
ANS. ¿Con buen fin?
EMIL. Yo soy moral.
ANS. Oye, Violante.
VIOL. ¡Oh! perdona.
Luisa vino aquí... á velar
por mi decoro.
ANS. Lo sé,
y se lo agradezco.
(Habla en voz baja con Violante.)
LUISA. ¡Ah!
¡Usted me vuelve la vida! (Á Emilio.)
MAM. (Pero á mí me pagarán.)
(Á Luisa confidencialmente.)
EMIL. (Cartas de doble sentido
no vuelva usté á escribir mas,
que no siempre el que se ahoga
puede á la orilla arribar.
LUISA. Yo le juro á usted...
EMIL. ¡Prudencia!
VIOL. ¡Oh dicha! ¡oh felicidad!
Emilio, Emilio, mi hermano
permite á usted visitar
su casa, y consiente en... vamos,
no debo explicarme mas.
ANS. Señor pintor, un momento.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, DIEGO y MÓNICA.

ANS. Le compro á usted la vestal
por mil duros.
DIEGO. Por...
EMIL. (Sin dejarle acabar.) Vendida.
DIEGO. (Pero, chico, eso es robar!)
EMIL. (¡Imbécil! las obras de arte
no tienen precio jamás.)
ANS. (Á Emilio, dándole la mano.)
Desde hoy tiene usté un amigo.
EMIL. Gracias.
LUISA. No hay necesidad

de que Violante se quede
en esta casa.

MON. ¡Se vá!
Con que por fin... (Á Violante.)

VIOL. Si, me caso.

DIEGO. (Pero, chico, ¿es de verdad
que te casas?)

EMIL. (¿Con la vieja?
Antes me tiro al canal;
pero silencio, pues temo
que esto se vuelva á enredar.

DIEGO. ¿Con que ha sido una comedia!

EMIL. Si; comedia original,
á pesar de los que dudan
de la originalidad.

FIN DE LA COMEDIA.

FÉ DE ERRATAS.

PÁG.	LÍN.	DICE.	LÉASE.
5	5	soporífica	soporífera
22	2	al	el
44	39	fuera rica	rica
56	25	que	y lo que
60	20	sistena	sistema
66	11	literario	literato

ACLARACION.

Extrañándose algunas personas de que la primera actriz Doña Josefa Palma pusiera á su beneficio la presente comedia sin tomar parte en su ejecucion, mi delicadeza me aconseja decir en la presente nota, que la Sra. Palma me honró encargándome la obra para su beneficio, y que al terminarla ví con sentimiento que ninguno de los papeles de dama que figuran en esta *caricatura* tenia las dimensiones necesarias para una actriz de la reputacion de dicha señora.

Entonces le supliqué que la hiciera á su beneficio sin tomar parte en su representacion, si es que en ello no tenia inconveniente, y asi lo hizo; dando una prueba de su buena amistad al autor de esta comedia.

OBRAS DRAMÁTICAS

DE

ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

EN TRES Ó MAS ACTOS.

Sueños de amor y ambicion.
La córte del rey poeta.
Juan el Tullido (segunda edicion).
El ángel malo.
La muerte de Jesus.
Retratos y originales.
La hija de Fernan Gil.
Juan Diente.
Herencia de lágrimas.
La dicha en el bien ajeno.
El cura de aldea (segunda edicion).
La mala semilla.
El rey de bastos.
El movimiento contínuo.
Caricaturas.

EN UN ACTO.

Los extremos.
Calamidades.
Cuarzo, pirita y alcohol (juguete lírico).
Ver y no ver.
¡Alumbra á tu víctima!...
Las garras del diablo (juguete lírico).
El maestro de baile (segunda edicion).
La mosquita muerta (segunda edicion).
Géneros ultramarinos.